



# MEMORIA (REPUBLICANA) EN TIEMPOS DE CÓLERA

Igor Barrenetxea Marañón  
Universidad Internacional de La Rioja

Recibido: enero 2021/ aceptado enero 2021

## RESUMEN

Este artículo pretende arrojar un poco de luz, claridad y sentido común en el intenso debate a nivel político que se ha producido en los últimos tiempos sobre la memoria de la Segunda República española. El uso partidista y denigratorio del periodo democrático ha servido como argumento político a ciertos sectores de la derecha española para enfangar el presente y volver a sacar a relucir todos los episodios falaces y maledicentes de la *leyenda negra*, construida por el imaginario franquista. Para ello, se analizan y rebaten declaraciones de ciertos dirigentes políticos y se incide sobre la necesidad de fijar los contenidos de una memoria republicana adecuada a las aportaciones rigurosas de la historiografía, frente a aquellos que solo buscan incidir en su demonización.

## PALABRAS CLAVE

Segunda República. Memoria. Historia. Polémicas. Política.

## ABSTRACT

This article aims to shed some light, clarity and common sense in the intense debate at the political level that has occurred in recent times on the memory of the Second Spanish Republic. The partisan and denigrating use of the democratic period has served as a political argument for certain sectors of the Spanish right to muddy the present and once again bring out all the fallacious and malicious episodes of the black legend, constructed by Francoist imaginary. To do this, statements by certain political leaders are analyzed and challenged and the need to set the contents of a republican memory appropriate to the rigorous contributions of historiography is emphasized, compared to those who only seek to influence its demonization.

## KEY WORDS

Second Republic. Memory. History. Controversial. Politics.

“[...] la República no fue un fracaso que conducía inexorablemente a una guerra sino que fue destruida por un golpe militar que, al contar con la connivencia de un país extranjero y no triunfar en buena parte del territorio y la capital, se encaminó automáticamente a una guerra civil”<sup>1</sup>

“Los detractores o críticos con la República aún seguirán utilizando sus reticencias y presentarán de ella una cierta faz violenta”<sup>2</sup>

## 1. Introducción

Por desgracia, la irrupción de Vox como una importante fuerza política en las Cortes españolas no se ha traducido en la unión de las fuerzas democráticas para defender y garantizar plenamente la memoria democrática de la que somos herederos. Al margen de partidismos e ideologías, la facilidad con la que Javier Ortega Smith, por dos veces, ha hecho palidecer la dignidad de las víctimas del franquismo y, por ende, a los historiadores, ha sido asombrosa. En primer lugar, fue cuando no solo afeó sino injurió a las mujeres conocidas como las 13 Rosas. Trece mujeres, la mayoría menores de edad, que se integraban en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) clandestina (porque toda organización política y sindical estaba prohibida en la España de Franco, debemos recordar) que fueron ejecutadas en las tapias del Cementerio del Este por el grave delito de... “adhesión a la rebelión”<sup>3</sup>. Lo que la historiografía ha calificado como la “justicia al revés” de un régimen

---

1 Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, “¿Una guerra realmente inevitable?”, en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013 (7-53), p. 13.

2 Josefina CUESTA. *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España en el siglo XX*. Madrid, Alianza, 2008, p. 432.

3 Carlos FONSECA, *Trece rosas rojas*, Madrid, Temas de Hoy, 2004. En este excelente libro, su autor estudia el caso de estas mujeres, desmintiendo la infame afirmación de Ortega Smith.

cuya legalidad está auspiciada únicamente por haber conquistado el poder tras una sangrienta, destructiva y, ante todo, brutal contienda<sup>4</sup>.

El secretario general de Vox no dudó en denigrar a tales jóvenes afirmando de ellas que se dedicaron a “torturar, violar y asesinar vilmente” y las acusó de “cometer crímenes brutales en las checas”<sup>5</sup>. Fue juzgado (aunque no condenado) por incitación al odio, por ser, claramente, una afirmación insidiosa<sup>6</sup>. No tardó mucho en volver a la carga, esta vez, para tildar de criminales a dos figuras emblemáticas del socialismo español, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto, mientras exhortaba en la Asamblea de la Comunidad de Madrid a la retirada de los nombres de dos calles, estatuas y una placa dedicados a tales personajes, tal y como se ha acabado por hacer, gracias al apoyo del PP y Ciudadanos<sup>7</sup>. Su *verdadero*, único y grave delito, es fácil de deducir: el haber formado parte de las instituciones republicanas. Este hecho es anatema, es una maldición de la que la ultraderecha pretende sustraernos con su dialéctica provocadora e incendiaria.

Podríamos estar escribiendo hasta el desfallecimiento para conjurar y desarmar tales pueriles afirmaciones (que solo son mera propaganda, no historia), y estos grupos e individuos jamás se querrán asomar, con sensatez, por el ancho, plural y complejo balcón de la Historia. Se limitarán a negar lo evidente y a reafirmarse en su hiriente y desabrida postura. Han constituido su memoria falsificada, torticera

---

4 Pablo GIL VICO, “Derecho y ficción: La represión judicial militar”, en ESPINOSA MAESTRE, Francisco (ed.), *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 261-266.

5 Aurora INTXAUSTI, “Ortega Smith acusa a las 13 Rosas de Madrid de torturar, asesinar y violar”, *El País*, 7 de octubre de 2019 [https://elpais.com/ccaa/2019/10/04/madrid/1570186964\\_169166.html](https://elpais.com/ccaa/2019/10/04/madrid/1570186964_169166.html) [consultado el 11 de octubre de 2020].

6 “La Fiscalía ve delito de odio en las acusaciones de Ortega Smith a las Trece Rosas”, *La Vanguardia*, 27 de julio de 2020 <https://www.lavanguardia.com/politica/20200727/482548492017/fiscalia-delito-odio-ortega-smith-trece-rosas.html> [consultado el 11 de octubre de 2020].

7 Pablo R. ROCE, “Madrid retira las calles a los exdirigentes socialistas Largo Caballero e Indalecio Prieto en aplicación de la Ley de Memoria de Zapatero”, *El Mundo*, 29 de septiembre 2020 <https://www.elmundo.es/madrid/2020/09/29/5f735456fdddffa7798b45a8.html> [consultado el 20 de octubre de 2020].

y, sobre todo, maledicente, criminalizando por activa y por pasiva a diversos hombres y mujeres que se hallan estrechamente vinculados a una realidad histórica: la Segunda República.

A decir verdad, uno piensa que si estuviera en sus manos borrarían la etapa republicana de los libros de historia, si no fuera por los tremendos réditos que les está procurando en el acervo popular. La República, después de todo, concentra y representa para estos todos los males habidos y por haber de la ‘anti-España’. Pero, aunque toda lectura de la historia implica o trae consigo un significado moral, no es verdad el juicio que establecen. Tales presuntos ‘males’ solo fueron otras corrientes de pensamiento españolas, alejadas de las más tradicionales y conservadoras, y cercanas a una mirada progresista, plural y democrática que ha permitido llegar a este punto de nuestro devenir.

En la actualidad, la historia de España está fracturada porque la derecha elige y destaca de forma fragmentada lo que le interesa de ella. Se ocupa de desvelar las loas de sus triunfos y gestas pretéritos, pero se olvida de incidir en las ásperas y amargas evidencias de sus fracasos, como la guerra civil que todavía, a pesar de la Transición, no se ha acabado de confrontar. Además, tal y como incide Ángeles Egido, “la memoria se cerró en falso: no se reconoció la culpabilidad de los vencedores y, en consecuencia, no se reinstauró el honor de los vencidos”<sup>8</sup>. Pero ha preferido codearse con los nuevos voceros del neofranquismo que acercarse a la historiografía pertinente.

Cierto es que no deberían haberse instrumentalizado las políticas de la memoria por parte de los socialistas, hoy por hoy, se han acabado por convertir en una pugna (no sangrienta) entre aquellos guardias de la mitología franquista y sus detractores, la historiografía académica. Los primeros solo quieren fijarse en los fuegos patrios, ocultar los horrores de la represión, y configurar una visión del franquismo edulcorada y tramposa, mientras que los segundos quieren fijarse en sus sombras, no por capricho o rencor, ni por “reabrir heridas”, como les reprochan algunos, sino porque es su cometido. Y “si nuestro pasado depende

---

8 Ángeles EGIDO LEÓN, “Historia de una desmemoria”, en Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), *Memoria de la Segunda República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006 (13-32), p. 18.

del olvido del de otros, persistiremos en un camino equivocado”<sup>9</sup>. Pues solo comprendiendo la Historia en su totalidad, dejaremos de convertirla en una pesada carga que nos lastre, y en esta ‘liberación’, con un ejercicio responsable de la memoria, haremos de ella el motor de nuestro aprendizaje social<sup>10</sup>.

## 2. República o monarquía

En este sentido, es difícil saber si lo que molesta a Vox es la posibilidad de que se pueda dar la instauración de unas instituciones republicanas o, ya, que la izquierda y otros grupos políticos reivindiquen el legado republicano (con sus reformas, su laicismo, sus intentos de modernización social, económica e, incluso, militar).

El primer punto es fácil de desmontar. Francia, Alemania, EEUU, Italia, etc., son repúblicas y allí no se ha producido ninguna revolución chavista ni bolivariana, como se acusa pretende llevar a cabo el actual Gobierno de coalición (formado por PSOE y por Unidas Podemos). Son países desarrollados donde no se ha dado ninguna hecatombe, al revés, en algunos casos, gobiernan partidos de derechas con un carácter autocrático, como así sucede, por lo demás, en Rusia, Polonia o Hungría. Todos ellos, a la sazón, cuentan con Ejecutivos ultraconservadores. Dicho de otra manera, un régimen republicano no es patrimonio de los partidos de izquierdas, también los hay de derechas.

El régimen en sí mismo es válido, son los actores que configuran las fuerzas políticas del país los que lo encaminan hacia una senda u otra.

De este modo, el debate entre monarquía *versus* república en España siempre ha venido ‘contaminado’ por cuestiones que nada han tenido que ver con la necesidad de erigir instituciones modernas y democráticas, sino con prejuicios, tradicionalismo y, sobre todo, una equívoca mirada de hacer creer que la república es sinónimo

---

9 Alejandro MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, *La paz y la memoria*, Madrid, Catarata, 2011, p. 30.

10 Paloma AGUILAR, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996, p. 25.

de terribles maldades y que el único nacionalismo español digno de tal nombre es aquel que proviene vinculado a ese tradicionalismo exacerbado monárquico<sup>11</sup>. Como si en una república no pudiesen darse partidos conservadores, garantía de derechos, paz, orden y desarrollo, ni tampoco, por descontado, la defensa de la unidad patria (a la vista está que sí, tras valorar los ejemplos antes señalados). Curiosamente, la realidad es que, en la actualidad, España se asemeja más a aquella sociedad republicana (pues, de otro modo, seríamos una sociedad atrasada) de lo que la ultraderecha española considera que es lícito reconocer, por lo que no le importaría cambiar las cosas y volver a erigir una españolidad influida y determinada por ese tradicionalismo que lo único que hace es negar las reformas sociales emprendidas (que protege y asiste a la diversidad de la ciudadanía), y volver a un rancio patriotismo uniformador que va en contra de los valores democráticos de la sociedad actual<sup>12</sup>.

En todo caso, la cuestión sobre el futuro de la monarquía siempre estará presente, guste o no, por la esencial característica que la define: el derecho de sangre. Que una persona por su pertenencia a una familia ocupe la máxima jefatura del Estado (aunque sea nominalmente) no es propio del siglo XXI. El problema radica en que la institución fue clave en la definición de la Constitución de 1978. Y nadie quiere abrir la caja de los truenos cuando se trata de reformarla, alterar algunos artículos obsoletos o poco claros... Buscar otra formulación de país sería, para muchos, palabras mayores. Por muy arcaica que sea la prevalencia de un régimen monárquico en una sociedad democrática, cierto es que mientras la mayoría de la sociedad considere que cumple una función relevante (por simbólica que sea), no se trata de derogarlo sin más<sup>13</sup>. Sin embargo, es la actitud cerrada y visceral de su defensa de ciertos grupos conservadores lo que llama la atención, como si la alternativa a

---

11 Ángeles LARIO, *Monarquía y República en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

12 Carles FERREIRA, “Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología”, *Revista Política de la Ciencia Política*, núm. 51, 2019, pp. 73-98; y Xavier Casals i Meseguer, “De Fuerza Nueva a Vox: de la vieja a la nueva ultraderecha española (1975-2019)”, *Ayer*, núm. 118, 2020, pp. 365-380.

13 Jordi CANAL, *La monarquía en el siglo XXI*, Turner, Madrid, 2019.

esta no fuera la república sino la nada. Y, así, para estos la ‘república’ se identifica -muy equívocamente- con la destrucción de la nación española.

En ese sentido, cabe pensar que el imaginario franquista sigue dictaminando sus directrices de manera clara y manifiesta, contribuyendo a despertar un viejo recelo imperante antirrepublicano, como si el fin de la monarquía trajera el derrumbe del Estado de derecho y de la democracia, cuando, desde luego, no es así.

De nuevo, no estaría de más poner otro ejemplo de contraste: Estados Unidos. La primera potencia mundial por antonomasia, desde la Segunda Guerra Mundial, es una república consolidada. Y sus ciudadanos jamás aceptarían a un rey como jefe del Estado (porque su independencia se forjó *rebelándose* precisamente contra la monarquía británica), sería impensable. Aun así, se considera un modelo de democracia, guardianes de un fiero nacionalismo. Por lo tanto, el sistema republicano estadounidense viene definido por ser un Estado de derecho, democrático y unitario (ahí está la guerra de Secesión para demostrarlo)<sup>14</sup>. Además, en el caso de que se quisiera emular su ejemplo en España, no se trataría de imitar el modelo americano, sino adaptarlo a nuestra cultura política. Otros dirán que, para nuestro caso impera la tradición monárquica, sí, pero las sociedades evolucionan, como ha sucedido en casi todos los países del mundo (de hecho, la mayoría de las monarquías han ido desapareciendo), o de lo contrario, ese inmovilismo trae consigo gravosas situaciones contra las libertades o los derechos sociales y humanos, como se observa, en los casos más extremos, en Arabia Saudí, Marruecos o Tailandia, que representan a sociedades atrasadas a nivel político y social.

No hay duda de que en España se ha configurado, por parte de la derecha, un marcado recelo a que se pueda tratar de plantear, tan siquiera, y ni mucho menos discutir, la posibilidad de derogar la monarquía establecida e impulsar el advenimiento de una república. Desde luego, soy de los que piensan que esto no comportaría que se resquebrajara el suelo bajo nuestros pies, ni se cayera el cielo sobre nuestras cabezas.

---

14 Philip JENKINS, *Breve historia de Estados Unidos*, Alianza, Madrid, 2019.

Debería darse desde el acuerdo y el consenso, claro está. Igual que la Transición dio paso al fin del franquismo (y se insiste en tomar su modelo pactista y posibilista), otro proceso similar podría dar lugar a una Tercera República sin desatar a los cuatro jinetes del apocalipsis. Pero hay que admitir que el perverso legado de la dictadura y la fijación de la Transición como punto de arranque y de llegada, como si no pudiera darse ningún cambio estructural más, ha evitado plantear toda otra alternativa.

Hasta las nuevas generaciones de españoles, nacidos de la posguerra y posteriores, todavía creen en aspectos maledicentes que han arrojado a Franco y su régimen nada menos que la ‘salvación’ de España, como si la guerra civil fuera un hecho ‘inevitable’<sup>15</sup>. Y todo aquello que tiene que ver directa o alusivamente con la República sigue siendo pasto de un enconado rechazo, como si no fuera más que una amenaza contra la patria.

Claro que no hay que confundir el plantear la alternativa a un cambio de régimen con desatar el infierno en la tierra. Los miedos vinculados a la instrumentalización que ciertos partidos hacen de la historia en la política actual, renegando de los consiguientes aprendizajes, por desgracia, polarizan de mala manera a la opinión pública, invalidando cualquier posibilidad de diálogo o debate constructivo o ponderado al respecto, acabando por encender los ánimos e invalidando cualquier contribución. Y, así, cualquier mención, por ponderada que sea, como que el régimen monárquico tiene otra alternativa igual de válida, saca a relucir, entre las filas de los conservadores, las lanzas en ristre.

El deterioro de la imagen pública de la monarquía, en la figura del rey emérito Juan Carlos I, debería servirnos de advertencia<sup>16</sup>. Revela que otro de los problemas de la institución es su parte humana y que hay que allanar el terreno para que, en el peor de los casos, si se produce un cambio de coyuntura desfavorable a la institución, este proceso no signifique un terremoto político de unas dimensiones que sean imposible

---

15 AGUILAR 1996, p. 64.

16 Natalia JUNQUERA, “Los errores que destruyeron al juancarlismo”, *El País*, 4 de agosto de 2020 <https://elpais.com/espana/2020-08-03/los-errores-que-destruyeron-el-juancarlismo.html> [Consultado el 20 de octubre de 2020].

de sobrellevar. Ciertamente es que, a pesar de lo que representa el monarca emérito, como ‘piloto del cambio’, su crédito político acumulado no impide ser muy críticos con su figura en los últimos años, ni tampoco obviar que ningún sistema de gobierno ha sido eterno<sup>17</sup>.

El PSOE renunció, en la Transición, a reivindicar su republicanismo, porque las circunstancias determinaron este paso. Pero, hoy día, podría cambiarse. Y todo esto tiene mucho que ver con la fijación de una ‘mala’ memoria que ciertos sectores de la sociedad aún sostienen sobre la Segunda República (1931-1936), presentándola como un accidente terrible, frente a la tradición española<sup>18</sup>. La identifican con grandes horrores que podrían volver a repetirse, igualando (falsamente) el trágico y terrible balance de la contienda con su advenimiento y, ya exagerando, la violencia política previa como si fuese un continuo, en el que es imposible separar el quinquenio democrático de los tres años de guerra civil. Todo ello se ha convertido en la gran baza de la literatura neofranquista para negar sus aportaciones y validez como régimen político. Los estudios académicos encargados de desmentir tales peregrinas o difamatorias afirmaciones, que beben de la propaganda franquista, no han logrado su pleno desmontaje, debido a que cuenta con medios de publicación y difusión propios, ni su exorcización definitiva<sup>19</sup>.

Hasta la fecha, la perduración de tales mitos no era tenida en gran consideración más allá de ciertos círculos intelectuales, al considerarse como el refugio de un puñado de celosos guardianes del franquismo (como los hay defensores del fascismo italiano, del nazismo o del estalinismo), pero el discurso público de Vox ha cambiado esta situación al hacerlos mucho más visibles y tangibles, y quedar al servicio de la política. Es evidente que a pesar de los cambios introducidos en el

---

17 Paul PRESTON, *Juan Carlos, El rey de un pueblo*, Barcelona, Círculo de lectores, 2003.

18 Ángel DUARTE, *El otoño de un ideal*, Madrid, Alianza, 2009, p. 18.

19 Enrique MORADIELLOS, *1936, Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004; Alberto REIG TAPIA, *Anti-Moa*, Barcelona, Ediciones B, 2006; Julio ARÓSTEGUI y Francois GODICHEAU (eds.), *guerra civil. Mito y Memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006; y Michael RICHARDS, *Historias para después de una guerra*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.

currículum educativo a lo largo de estas décadas (lo que ha permitido que unas nuevas generaciones ya no vean la guerra civil como la lucha entre buenos y malos, y aprecien los efectos reformadores de la República) y, sobre todo, las aportaciones de una renovada historiografía, una contra-narrativa neofranquista ha seguido subsistiendo, o lo que Alberto Reig Tapia definió con acertada sorna “historietógrafos”<sup>20</sup>. Su labor no es otra que emponzoñar la visión de ese pasado confrontado, no salir de un irreconciliable discurso franquista, que desdeña, así, los logros de la sociedad actual y, sobre todo, tiene su doble empeño de negar al régimen republicano su lugar en la historia de España y endulzar los años de la dictadura<sup>21</sup>.

Tristemente, también el mundo académico se vio sacudido por agrias controversias que ayudaron a poner el foco de atención, precisamente, en este territorio de la Segunda República, la guerra civil y el Franquismo, como si todavía estuviésemos en los arranques de la democracia. En 2012, los primeros tomos del *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia* vieron la luz. En ellos se publicaron una serie de entradas biográficas sesgadas o tendenciosas, con un análisis poco oportuno, sobre todo, respecto al periodo que nos ocupa. En algunas se podía encontrar a la guerra civil calificada como de *Glorioso Alzamiento Nacional*. En la entrada de Franco no se le tilda

---

20 REIG TAPIA, 2006, p. 63.

21 La polémica en torno a la figura de Pío Moa y el revisionismo viene de lejos, por citar algunos señalados artículos: Julio ARÓSTEGUI, “La guerra de don Ricardo y otras guerras”, *Hispania*, 1997, núm. 196, pp. 777-787; Enrique MORADIELLOS, “Las razones de una crítica histórica: Pío Moa y la intervención extranjera en la guerra civil española”, *El Catoblepas: revista crítica del Presente*, núm. 15, mayo 2003, pp. 544-546; Javier RODRIGO, “Los mitos de la derecha historiográfica. Sobre la memoria de la guerra civil y el revisionismo a la española”, *Historia del presente*, núm. 3, 2004, pp. 185-195; Eduardo PONS PRADES, *Mitos no, ¡hechos! Realidades de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros. 2005, pp. 16-104; Sebastián BALFOUR, “El revisionismo histórico y la guerra civil”, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporánea*, núm. 19, 2006, pp. 61-65; Carlos RILOVA JERICÓ, “¿Qué te parece Pío Moa? Dos notas sobre el revisionismo y la guerra civil española”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, núm. 7, 2007, 1-16 (<http://hispanianova.rediris.es/7/articulosopinion/7op001.pdf>); y Chris EALHAM, “La historiografía reciente sobre la guerra civil: el rigor histórico contra el rigor mortis. Cuando el revisionismo no es nada más que la vuelta a los mitos del ayer expresados con la voz indignada del pasado”, *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, núm. 7, 2008, pp. 287-306.

en ningún momento de dictador y se afirmaba de él, incluso, de forma ecléctica y un tanto desaprensiva que derrotó a todos sus ‘enemigos’ (en otras palabras, a la legítima República). No se aludía a la violencia en la posguerra, llegándose a maquillar su papel represor. En otros casos, las biografías dedicadas, por ejemplo, al líder ultraderechista Calvo Sotelo, asesinado en las semanas previas a la sublevación militar, eran más extensas que la del último presidente de la República, Manuel Azaña, personaje de mucha mayor relevancia histórica. También, ocupaban un sitio en el Diccionario nombres de personajes ilustres cuyo mérito contributivo a la historia de España eran haber sido ‘mártires’ de la contienda...<sup>22</sup>. La Real Academia de la Historia, encargada por el Estado de llevar a cabo tan magna obra, no salió bien parada, sacando a relucir su falta de atención a los detalles, al rigor, y se vio como una institución obsoleta por no haber hecho un seguimiento adecuado de las entradas que iban a estar incluidas en lo que debía ser una obra de referencia, encargando algunas de ellas a historiadores que no eran ni tan siquiera especialistas del periodo y cuyas simpatías franquistas quedaron bien retratadas.

Todo ello dejaba claro que había ciertos círculos de historiadores que no se habían asomado, ni mucho menos, a leer los avances de sus homólogos contemporaneístas (sin ir más lejos, el que había escrito la biografía de Franco, Luís Suárez, era un medievalista) y actualizado sus referencias ideológicas a la hora de valorar y definir a ciertos personajes vinculados a la República o a la guerra civil. Así, ante tales desatinos, el reputado historiador Borja de Riquer escribió un duro artículo de opinión, muy ilustrativo de la situación, denunciando un exceso de mala literatura seudohistórica y advirtiendo: “La derecha española no está dispuesta a aceptar que la República fue una etapa democrática”<sup>23</sup>. Todavía hoy, por desgracia, dicha afirmación sigue estando vigente.

---

22 Tereixa CONSTENLA, “Donde dije Franco... digo Franco”, *El País*, 24 de mayo de 2012 [https://elpais.com/cultura/2012/05/23/actualidad/1337800945\\_056825.html](https://elpais.com/cultura/2012/05/23/actualidad/1337800945_056825.html) [Consultado el 20 de octubre de 2020]. Una comisión independiente consideró que era necesario excluir una biografía, revisar por entero 14 y retocar otras 16.

23 Borja de Riquer, “La larga sombra del franquismo historiográfico”, *El País*, 26 de mayo de 2012 [https://elpais.com/elpais/2012/05/11/opinion/1336763053\\_612230.html](https://elpais.com/elpais/2012/05/11/opinion/1336763053_612230.html) [consultado el 20 de octubre de 2020].

Volviendo al tema inicial. Daba que pensar que las despectivas palabras de Ortega Smith fueran secundadas, sin ningún criterio, por sus homólogos del PP y Ciudadanos al votar a favor de la indignante propuesta del dirigente ultraderechista. El que fuera aprobada la moción no fue tan bochornoso como que los motivos falaces esgrimidos para hacerlo posible fueran admitidos sin más. Se confirmaba, con ello, la difamación y el sesgo como principio político (al margen de la veracidad histórica).

Se daba por válido que plantear argumentos pretendidamente ‘históricos’ por alguien que no pertenece al gremio, desde una tribuna pública, tiene más crédito que el quehacer forjado por parte de los historiadores, alcanzado a partir de meritorios estudios y de largas y provechosas carreras dedicadas a la ciencia histórica. Daba la impresión de que había una clara desconexión entre la clase política y los expertos del saber histórico. Es verdad que la Historia no es un ‘coto exclusivo’ de los historiadores, pero, desde luego, lo que no podía ser es que el pasado fuese utilizado de forma tan mezquina para lanzar falsas acusaciones. De nuevo, no hubo más remedio que responder a Ortega Smith.

Después de todo, como destaca Martínez Rodríguez, “el historiador es responsable, en última instancia de denunciar y deshacer un ejercicio de violencia ejercida sobre el recuerdo”<sup>24</sup>. Y, así, unos días más tarde, más de un centenar de reputados especialistas en el campo de la Historia Contemporánea (muchos pioneros en sus líneas de investigación) y otras áreas, firmaron un manifiesto que fue publicado en Internet en el que desmontaban punto por punto las afirmaciones gratuitas de Ortega Smith, en honor a la verdad histórica<sup>25</sup>.

El mismo catedrático de la UPV, José Luis de la Granja, gran conocedor de la figura de Prieto, junto a Luis Sala, ponía en evidencia no solo que Prieto fue una figura emblemática del socialismo y que en

---

24 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, p. 95.

25 Manuel MORALES, “Los historiadores contra las *fake news* de Vox”, *El País*, 4 de octubre de 2020 <https://elpais.com/cultura/2020-10-03/los-historiadores-contra-las-fake-news-de-vox.html> [consultado el 11 de octubre de 2020]. Cf. <https://conversacionsobrehistoria.info/2020/10/06/sobre-largo-caballero-prieto-y-vox-un-informe-tecnico/> [consultado el 20 de octubre de 2020].

modo alguno se le pueden arrogar delitos o crímenes que nunca cometió, sino que fue el mismo PP quien aprobó, en su día, la instauración de su reconocimiento en el callejero madrileño<sup>26</sup>.

Por desgracia, este esfuerzo intelectual no suele ser tan mediático ni tan eficaz a la hora de reconducir la historia y la memoria hacia sus cauces más adecuados, ni tampoco alcanzan a cobrar un calado suficiente para desautorizar al político de Vox, ni para que los grupos de la Asamblea de Madrid que respaldaron la propuesta admitieran su error por secundar tal difamación. Porque ya no solo se está hablando de Prieto y Largo Caballero, sino de la capacidad de ciertos políticos de acomodar el ayer a su antojo. Lo cual nos lleva a las conocidas tácticas y estrategias manipuladoras del fascismo.

Cierto es que los combates por la Historia adolecen de no contar con una portavocía tan elocuente o tan lenguaraz, dándose pábulo a ideas falaces y mentiras entre ciertos círculos dispuestos a dejarse seducir por tales interpretaciones, que no han hecho más que enredar el ya, de por sí, complejo solar patrio, a costa, eso sí, de convertir a la Segunda República, a sus adalides y a todo lo que ella trajo aparejado, en degradación, desprecio y tragedia<sup>27</sup>. Se incurre, incluso, en aseveraciones tan mordaces y sardónicas, si no fuera por lo que estas implican, como que lo que pretende la izquierda no es sino alterar el pasado, en otras palabras, reescribirlo, haciendo que los perdedores de la contienda sean hoy los vencedores, como se ha llegado a afirmar<sup>28</sup>.

---

26 José Luis DE LA GRANJA y Luis SALA, “En defensa de la historia y de Indalecio Prieto”, *El Correo*, 18 de octubre de 2020 <https://www.elcorreo.com/opinion/tribunas/defensa-historia-indalecio-20201018224120-nt.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F> [consultado el 20 de octubre de 2020].

27 De hecho, ya se editó un grueso libro con tal llamativo título en el que 34 historiadores desarmaban los mitos del franquismo y era una respuesta a los sesgos que se habían hecho en el ya citado Diccionario de la Real Academia de la Historia, pero que también sirve muy bien para contrarrestar y desmentir ese falaz discurso de la ultraderecha española. Cf. Ángel VIÑAS (coord.), *En el combate por la Historia, La República, la guerra civil y el Franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.

28 Natalia JUNQUERA. “La voladura de la Transición y otros falsos mitos sobre la memoria histórica”. *El País*, 26 de junio de 2019 [https://elpais.com/cultura/2019/06/25/actualidad/1561490172\\_882800.html](https://elpais.com/cultura/2019/06/25/actualidad/1561490172_882800.html) consultado el 20 de octubre de 2020].

Llegándose a menospreciar, incluso, a toda una amplia gama de reconocidos historiadores a nivel nacional e internacional, y sus aportaciones renovadoras al ser tildados de “izquierda siniestra...”<sup>29</sup> por no encajar sus análisis y estudios en las líneas maestras dispuestas por el discurso franquista. Tan absurdo y ridículo razonamiento solo demuestra la indiferencia con la que se juzgan unos hechos en donde hubo miles de vidas perdidas en una guerra civil que fue perfectamente evitable. Otros países europeos vivieron parecidas tensiones ideológicas y ninguno acabó igual que España, salvo Italia y Alemania, que tuvieron, eso sí, otro funesto devenir, como es bien sabido.

Alemania fue valiente y justa y con los años asumió su culpa colectiva por el Holocausto y la guerra en Europa<sup>30</sup>, en cambio, en España, los sectores más reaccionarios se empeñan en señalar a un único culpable: la República. Y volver a situarnos en la casilla de salida, convirtiendo a los republicanos y las izquierdas en antiespañoles y a las derechas como únicas guardianas de las esencias patrias. Y siento decir que es imposible entender la nación sin unos ni otros y que, a pesar de las políticas represivas y abrasivas del franquismo, la España plural sobrevivió a tanta inquina, violencia y odios asesinos. El franquismo no pudo eliminar las ideas que consideraba tan aberrantes.

Tristemente, el manto de la distorsión es alargado, tanto como en la insustancial polarización que no aporta claridad a la cuestión. De hecho, “comprender el pasado como un potencial fundamento democrático implica reconocer que esa memoria no pertenece a ninguno de sus protagonistas”<sup>31</sup>. Pero es evidente que no estamos yendo en esta dirección precisamente, permitiendo que aquellos que, en sus ínfulas historicistas, acaban por tener un eco o un predicamento, por poco significativo que sea, dañen el fundamento del saber histórico, desacreditándolo, y buscando la forma de imponerse a él.

Al grano. La explicación de esta campaña difamatoria contra las Trece Rosas, Prieto y Largo Caballero, o contra la misma Ley de Memoria Histórica, tiene como común denominador la Segunda República. Y de

29 REIG TAPIA, 2006, p. 31.

30 Ian BURUMA, *El precio de la culpa*, Barcelona, Duomo, 2011.

31 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, p. 114.

su memoria concreta me ocuparé en las líneas siguientes. Su imagen ha sido utilizada para fines funestos, para degradar no solo a la primera democracia conocida en España (por imperfecta que fuera), sino para tratar de desvalorizar su legado, gustando descalificarla utilizando la parte por el todo, o lo que es lo mismo, enfatizando sus defectos y obviando su naturaleza compleja<sup>32</sup>.

Paradójicamente, la Segunda República fue traicionada por los mismos que juraron su lealtad hacia ella. Y una vez consumada esa traición no tuvieron más remedio que construir algo ‘nuevo’, porque el terremoto que habían impulsado se les fue de las manos. Ya solo les quedaba imponerse de la manera más atroz y ‘demonizar’<sup>33</sup> su historia emborronándola de tal manera que el devenir fuese tapado por la violencia que se dio en ella (independientemente de que esa violencia fuera provocada por fuerzas reaccionarias descontroladas), por la supuesta lista de muertos infinitos que propició (dejando de lado la sangría producida por la guerra civil, la más elevada sufrida en España) o una simplificación de lo ocurrido hasta un tono vejatorio sin precedentes, como si, en realidad, la República no hubiese sido un régimen, no hubiese tenido instituciones propias, leyes propias, fuerzas políticas propias y todo se condensase, una vez más, en la fatídica dualidad de la España y la anti-España que algunos pretenden volver a restablecer sin muchos escrúpulos. La demagogia, más que la memoria, pugnaba por hacerse con el faro de la Historia. Así, “la primera democracia de España, uno de los hitos más importantes de la tradición liberal desde tiempos de la Ilustración, permaneció desacreditada como antecedente de la guerra civil y camino directo a la catástrofe”<sup>34</sup>.

---

32 SÁNCHEZ PÉREZ, 2013, pp. 14-17.

33 Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Círculo de lectores, 2012, p. 465.

34 Walter L. BERNECKER y Sören BRINKAMANN, *Memorias divididas*, Madrid, Abada, 2009, p. 224.

### 3. La República traicionada

Lo único en lo que se está de acuerdo es que entre el 17 y 18 de julio de 1936, una parte del Ejército español se rebeló contra el Gobierno del Frente Popular. El imaginario y mitos franquistas hablan de que fue una reacción por el asesinato del líder derechista Calvo Sotelo, otros añaden que fue porque las izquierdas cometieron un fraude generalizado, en febrero de ese mismo año, y que eso condujo a que los militares tomaran cartas en el asunto. Pero cierta parte pequeña de la oficialidad estaba ya fraguando su golpe de Estado antes de la muerte del líder de la CEDA, antes incluso de que el Frente Popular ganara las elecciones. De hecho, en 1932, el general Sanjurjo, a la sazón, comandante de la Guardia Civil, lo intentó, aunque le salió mal la jugada<sup>35</sup>. También, en febrero de 1936, cuando los resultados no fueron del gusto de la derecha, Franco, Calvo Sotelo y Gil Robles, antes de que se hiciesen públicos, plantearon al presidente del Gobierno, Portela Valladares, declarar la ley marcial y el estado de guerra para que el Ejército se hiciese cargo de la situación. Franco pensaba que los resultados solo iban a traer “desorden y revolución [comunista]”<sup>36</sup>. No lo consiguieron. Sin embargo, la impostura quedó ahí, lanzando rumores calumniosos de que las elecciones no habían sido ‘limpias’, que si se iba a propugnar la ‘revolución’ (y lo único que se pretendía era volver a recuperar las reformas congeladas en el bienio anterior) y, cómo no, que el Gobierno era ‘marxista’, para desacreditarlo, cuando, para colmo, estaba integrado única y exclusivamente por ministros republicanos<sup>37</sup>. Pero los tres ya estaban preparando el terreno para que la República fuera consumida por las llamas de la violencia.

Como había sucedido a lo largo del siglo XIX, los militares intentaron un pronunciamiento militar. O lo que es lo mismo, un

---

35 Fernando PUELL DE LA VILLA, “La trama militar de la conspiración”, en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, (56-77), p. 56. Fueron menos de doscientos oficiales los conspiradores, a los que se les sumarían, posteriormente, la mitad de los 18.000 oficiales en activo. Y hubo diversas tramas activas dentro del ejército para actuar, aunque fue Mola el que orquestó la definitiva.

36 Paul PRESTON, “El traidor: Franco y la Segunda República, de general mimado a golpista”, en Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), *Memoria de la Segunda República*, 2006 (85-114), p. 104.

37 REIG TAPIA, 2006, p. 310.

rápido acceso al poder y un cambio en el Gobierno. Claro que la mayoría de aquellas insurrecciones fueron de carácter liberal. Fue el modo en el que se creía que España podía avanzar en su construcción y modernización nacionales, frente al obstruccionismo constante de las élites conservadoras que temían, en el contexto, una ‘revolución’ (aunque su significado fuera poliédrico) siguiendo el modelo soviético (aunque el comunismo en España era muy minoritario)<sup>38</sup>. Cuanto más se resistían a aceptar la transformación del país, aprobación e impulso de una legislación moderna en la que se garantizaban los derechos laborales y dignificaba el trabajo, liberación de la mujer (derecho a voto y divorcio) y otros aspectos sociales, más acentuaban la brecha entre los españoles, con unos obreros y campesinos, que exigían cambios inmediatos ante el temor a la reacción y volver a su pésima situación anterior<sup>39</sup>. Pero la sublevación de julio del 36, el llamado “alzamiento nacional” para darle mayor pompa y realce, estuvo dirigido por militares africanistas, no por corrientes liberales.

La diferencia era abismal, siendo los sectores más reaccionarios del mismo los que fraguaron la suerte negativa de tales acontecimientos.

Tal y como analiza Daniel Macías<sup>40</sup>, el espíritu africanista nada tenía que ver con oficiales románticos y aventureros, sino más bien con hombres ultraconservadores forjados en el infierno de la guerra y cuyo sentido de la patria, del honor y códigos de conducta, fraguados en las campañas en el Norte de África, habían quedado totalmente desfasados. Se habían convertido en una casta reaccionaria y desconfiada muy alejada de las preocupaciones y las realidades peninsulares. De hecho, dentro del mismo estamento militar había una diferencia clara de conciencia entre los que cumplían su servicio en España (más moderados o no tan extremistas) y los que lo hacían en las colonias. El odio que Franco,

---

38 Gabriel JACKSON, “Fascismo y Comunismo en la historia de la República española”, en Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), *Memoria de la Segunda República*, 2006, pp. 35-61.

39 Fernando PUELL DE LA VILLA, *Historia del ejército en España*, Madrid, Alianza, 2005; y Miguel MARTORELL y Santos JULIÁ, *Manual de historia política y social de España (1808-2011)*, Barcelona, RBA, 2012.

40 Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ, *Franco “nació en África”: Los africanistas y las Campañas de Marruecos*, Madrid, Tecnos, 2019.

sin ir más lejos, mostraba contra los masones, comunistas y liberales (sus ‘bestias negras’) era patológico, aunque no supiera distinguirlos, ni apreciar sus diferencias. Los africanistas defendían, en su obsesión malsana y paroxismo chovinista, un mundo rígido y arcaico, falso e idealizado, cuya visión idílica de las glorias ancestrales de la España imperial hacía tiempo habían quedado consumidas y sustituidas por la miseria, la pobreza y el atraso finisecular respecto a Europa. Así, cuando las unidades españolas (oficialmente bajo la autoridad del ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, pero, en realidad, las órdenes las emitía Franco<sup>41</sup>), entraron en Asturias, en 1934, para sofocar la revolución, lo hicieron como si estuvieran en un ‘territorio ocupado’, a sangre y fuego, con una violencia supina, sin entender que eran españoles que buscaban y reclamaban justicia y dignidad, aunque él los veía como bárbaros<sup>42</sup>.

Con este ideario trasnochado, la conjura militar, cuya trama civil fue clave<sup>43</sup>, soliviantó a una parte de los militares, fracasó. No pudieron tomar las principales capitales del país, Madrid, Barcelona o Bilbao estuvieron cerca de pasarse al bando sublevado, y eso fue muy llamativo. Allí no contaban con los suficientes apoyos.

En todo caso, los generales rebeldes traicionaron su juramento de lealtad al orden constitucional que, en la actualidad, se vería con ojos mucho menos amables<sup>44</sup>. De todas formas, no estaban solos. El apoyo de los tradicionalistas, sobre todo, con sus unidades de requetés, y falangistas mostraban una realidad en la que las fuerzas más conservadoras se unieron para reimponer *el orden*, aunque, como destaca en su análisis

---

41 PRESTON, 2006, pp. 99-101.

42 Enrique MORADIELLOS, *Franco. Anatomía de un dictador*, Madrid, Turner, 2018, p. 45. Tal y como señala este autor, en su dilatada experiencia colonial Franco aprendió: “las tácticas políticas del divide y vencerás y la eficacia del terror (...) como arma militar ejemplarizante para lograr la parálisis y sumisión del enemigo”. Algo que no dudaría en emplear con presteza en la guerra civil.

43 Ángel VIÑAS, “La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil”, en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, pp. 79-136.

44 REIG TAPIA, 2006, pp. 437-440. Claro que eso no ha impedido que Pío Moa quisiera dar *su versión* de los hechos y darles la vuelta. Los traidores no fueron los militares, sino las izquierdas... a pesar de toda la documentación existente que retrata con pelos y señales la conjura militar contra la República.

González Calleja, ese caos supuestamente prerrevolucionario nunca fue tal, se exageró y las derechas contribuyeron de forma clara a fomentar la violencia política. A la larga, fueron las grandes beneficiadas del pistolero de Falange y otros grupos<sup>45</sup>.

Ahora bien, todo esto no ha invitado al citado secretario general de Vox a adoptar una actitud más prosaica. Según se excusaba Ortega Smith, él no era un “tribunal de censura”. Y, en su aparente ponderación, reconocía que en todo hecho histórico hay “luces y sombras”, y que solo los “sectarios” lo niegan. Pero su contradicción quedaba patente cuando afirmaba, a continuación, sin tapujos que él no podía condenar al franquismo como tampoco se puede hacer lo mismo con “ninguna parte de la historia de España”. Salvo, habría que matizarle, cuando se trata de aspectos de su interés particular como es el periodo republicano y la violencia en la retaguardia roja, ahí sí se moja y se dedica a estigmatizarlo todo muy negativamente. Respecto a la dictadura es más cauto y valoraba que “no todo era negro ni todo blanco”. Cierto, pero, indiscutiblemente, el franquismo surgió de los fuegos de una guerra civil, en la que la base de su legitimación no fue la implantación de un sistema democrático (en el que no creía Franco), sino la victoria total y absoluta de la guerra contra otros españoles...

Claro que, si se trata de abordar la conveniencia o no de la Ley de Memoria Histórica, entonces, Ortega Smith considera que es un intento infame de reabrir el trauma guerracivilista<sup>46</sup>, y su perspectiva ‘tolerante’ y ‘abierta’ cambia, porque entonces es inadmisibles otra visión que no sea la suya. Su pedantería a la hora de justificar sus afirmaciones le llevan a señalar que si se habla de historia “ahí están los datos”, aunque es difícil saber cuáles son sus referencias, como si el pasado fuera una suerte de páginas escritas que uno se dedica a recoger del suelo y limitarse a compilarlas.

---

45 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Contrarrevolucionarios*, Madrid, Alianza, 2011 y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Cifras cruentas*, Granada, Comares, 2015.

46 RICHARDS, 2013, p. 337. En realidad, tal y como señala este autor, todo el movimiento surgido e impulsado por la Asociación para la recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), no tenía como fin este hecho tan difamatorio, sino el impulsar una “articulación global de la ética y la cultura del recuerdo”.

Sin embargo, no quedó ahí la cosa, para terminar, volvió a la carga, esta vez, a criminalizar a otro político, el que fuera presidente catalán durante la Segunda República, Lluís Companys<sup>47</sup>, señalando que fue un genocida, un “criminal de libro”, acompañando a las figuras de Largo Caballero y Prieto<sup>48</sup>.

Hay que reconocer que no hay una única ‘verdad histórica’, sino diferentes líneas interpretativas. Eso no hace que cada cual pueda defender su verdad libremente ofendiendo a las víctimas de la represión franquista, sin entender que la guerra civil y sus efectos fueron complejos. De ahí que el debate historiográfico se nutra de la confrontación<sup>49</sup>. Pero, en este caso, Ortega Smith no es un experto sino un propagandista cuya misión no es comprender la historia sino difundir libelos, soliviantar los ánimos, convertir el territorio del pasado en un lugar de rencores y de distorsión.

El fin es claro, hacer de la provocación un arma política para enredar, y que muchos ciudadanos confunden los imaginarios de ayer y de hoy. Claro que cuando afirmaba que en la historia siempre se dan luces y sombras, y que negarlas es sectario, uno se pregunta si él mismo no se está retratando, porque no llega a revelar ni una sola atrocidad del franquismo, ni durante ni después de la guerra. Sin duda, deberíamos estar inmunizados contra esta clase de discursos. Pero a la vista está que no es así.

El ideal o el gran hito de toda sociedad democrática debería ser llegar a alcanzar una memoria integradora de los hechos traumáticos que la marcaron, pero se sabe que es un anhelo harto imposible. De ahí que las políticas de la memoria se encaminen a ponerse al servicio de las víctimas, a actuar como marcos de reparación moral, como ha sucedido con las víctimas del Holocausto o las víctimas del terrorismo<sup>50</sup>.

---

47 Josep María SOLÉ I SABATÉ (dir.), *Lluís Companys*, Edicions 62, Barcelona, 2006. Pues, habría que rebatirle y recomendarle la lectura de este libro para desdecir su falacia.

48 <https://www.publico.es/politica/ortega-smith-ortega-smith-no-condeno-expresamente-franquismo.html> [Consultado el 27 de octubre de 2020]

49 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, pp. 31-32

50 David L. MORILLAS FERNÁNDEZ, Rosa María PATRÓ HERNÁNDEZ y Marta María AGUILAR CÁRCELES, *Victimología: un estudio sobre la víctima y los procesos*

En el caso español, el problema ha sido que esta memoria reparadora sobre la guerra civil ha venido a estar discutida. Y todo ello, en vez de provocar un planteamiento didáctico y aleccionador, sin bandos en los que alinearnos hoy día (puesto que los hijos y nietos de los combatientes ya no se integran, o no deberían, en ‘rojos’ ni en ‘azules’), solo ha traído consigo el reavivar las llamas de los apologetas de la dictadura. Tocar su legado ha sido visto como violar las esencias patrias, invalidando, por lo tanto, el aprendizaje histórico consiguiente, y buscando la manera de evitar reconciliarnos con nuestro pasado asumiendo, así mismo, el legado de la República democrática. El comprender el pasado no es su fin, sino adaptarlo a su ideología y a sus fines presentistas

#### 4. Luces y sombras de la Segunda República

Distinguir entre memoria e historia se ha vuelto una tarea complicada. Pero no evita considerar que la memoria debe ser útil, servir para que las sociedades aprendan e interioricen ciertos elementos del pasado que refuercen sus convicciones democráticas y liberales<sup>51</sup>. Y la historia, en cambio, se encarga de analizar desde el rigor científico los hechos. Los interpreta, sí, y de ahí que haya diferentes visiones y lecturas de los acontecimientos, buscando la mejor manera de acercarnos a la verdad y extraer lecciones válidas para la sociedad. Por eso, en conjunto, cabe incidir en que la Segunda República fue **régimen democrático, con sus luces y sus sombras**, desde luego, interpretación confirmada por la mayor parte de la historiografía académica<sup>52</sup>.

---

*de victimización*, Madrid, Dykinson, 2011; Alexandre H. CATALÀ I BAS y Fernando GARCÍA MENGUAL (coords.), *El reconocimiento de las víctimas del terrorismo a través de la legislación y la jurisprudencia*, Valencia, Cátedra de Derecho Autonómico Valenciano, 2013; y Raúl HILBERG, *La destrucción de los judíos europeos*. Madrid, Akal, 2020, pp. 1300-1302.

51 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, pp. 109-115.

52 Sin ser exhaustivo destacar: Julio GIL PECHARROMÁN, *Historia de la Segunda República española (1931-1936)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, Rafael CRUZ, *En el nombre del pueblo*, Siglo XXI, Madrid, 2006; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Francisco COBO ROMERO, Ana MARTÍNEZ RUS y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015; y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Álvaro RIBAGORDA, (eds.), *Luces y sombras del 14 de*

Desde la Transición se consideró a la República “como un experimento de modernización política y socioeconómica valiente y adecuado a su tiempo, cuyo dramático fracaso se debió sobre todo a la magnitud de los problemas a resolver”<sup>53</sup>.

La instauración de la República, el 14 de abril de 1931, por proclamación popular, se inició pacíficamente en la localidad guipuzcoana de Éibar. Poco después, muchas otras ciudades hicieron lo mismo, empujadas por una sensación de euforia y plenitud como hacía mucho tiempo no se veía recorrer España. Las imágenes de las algarabías populares en Madrid fueron recogidas en un documental, seguidas de la viva descripción de los periodistas de los periódicos de la época. Generó muchas expectativas de cambio y transformación. La marcha de Alfonso XIII al exilio fue bien recibida por la mayoría del país, dejando sin capacidad de reacción a la derecha y a las fuerzas tradicionales, impotentes, ante una situación que, claramente, se les había ido de las manos. No obstante, nada de lo que iba a acontecer a partir de ese instante estaba escrito de antemano.

Los partidos políticos tomaron su justo protagonismo, nacionalistas catalanes y vascos se encontraron con un marco en el que la nueva Constitución que se aprobaría sería propicia a aceptar y reconocer su singularidad en forma de estatutos. Por fin, una camarilla no era la que tomaba las decisiones en el Palacio Real, sino que eran las formaciones de muy diverso signo las que configuraban gobiernos y practicaban alianzas, y aunque no todas pensaran del mismo modo ni tuvieran las mismas aspiraciones, creían saber cómo hacer posible traer el progreso al país<sup>54</sup>. Se impulsó una legislación modernizadora (de la que bebe la actual), con una enorme apuesta por la educación y la cultura, los derechos sociales y laborales. La mujer, por primera vez, no solo pudo votar, sino que ya cobraba su mayoría de edad como ciudadana española<sup>55</sup>.

---

abril. *La historiografía sobre la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

53 BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, p. 224.

54 Rafael CRUZ, *Una revolución elegante. España 1931*, Madrid, Alianza, 2014.

55 REIG TAPIA, 2006, p. 245.

Pero mientras Europa estaba girando hacia las dictaduras, España apostaba por la democracia. Pretender que en 1931, tras no conocer un periodo igual en la historia, el país se volviera total y plenamente una sociedad liberal, al estilo actual, es caer en un grave error. No se había acabado con el caciquismo ni el clientelismo que operaban de forma contumaz en muchas regiones y territorios del agro peninsular. Y todas estas fuerzas se convirtieron en los enemigos del nuevo régimen.

La Constitución de 1931 fue un viento fresco<sup>56</sup> que, por desgracia, venía limitado de antemano por las inercias políticas previas y por un país que contaba con unas tasas de analfabetismo tremendas, miles de braceros y un atraso agrícola que lastraba, en buena medida, el impulso de su modernización económica, política y social. Por eso, durante el primer bienio, Azaña emprendió una serie de audaces reformas, urgentes y necesarias (aunque no lo entendió así la reacción). Unas prendieron, otras crearon malestar (como ocurriría entre el estamento militar) y otras no encontraron el apoyo suficiente entre las fuerzas reaccionarias de la derecha que hicieron todo lo posible por impedir las o frenarlas. Sin embargo, la democracia, como sucedería en la República de Weimar, traía sus propias debilidades internas, y las fuerzas que constituían su suelo no fueron conscientes de ello: el pluralismo que puede derivar en fragmentación<sup>57</sup>.

Esa misma fragmentación sería muy complicada de manejar.

En los cinco años del periodo republicano en paz se conocieron varios gobiernos de relevancia. La tensión política vino alimentada por la inestabilidad social, pero esto era debido al guion transformador que se estaba siguiendo en aquellos años 30. Las reformas que unos aspiraban a que fueran inmediatas y que tardaban en consolidarse, entre las clases más humildes y desesperadas, eran vistas como revolucionarias

---

56 Sin ir más lejos la Constitución fue propuesta para el Premio Nobel de la Paz a las Cortes Constituyentes, por su artículo 6, que establece la renuncia de España “a la guerra como instrumento de la política nacional”: <https://www.tiempodehistoria.com/2020/12/28/la-constitucion-de-la-republica-fue-propuesta-al-premio-nobel-de-la-paz-segun-muestra-la-exposicion-sobre-azana-en-la-biblioteca-nacional-comiariada-por-angeles-egido-uned.html> [Consultado el 4 de enero de 2020]

57 Eric D. WEITZ, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Madrid, Turner, 2009.

por parte de ciertos grupos conservadores y tradicionales. El juego democrático era complicado, aunque la fractura entre derechas e izquierdas no parece ser muy diferente a la que sucede en la actualidad, pero su diferencia clave era que todavía las instituciones no se hallaban totalmente asentadas. Se produjeron tres elecciones, en 1931, 1933 y 1936, donde concurrió infinidad de partidos políticos, PSOE, la CEDA o el Partido Radical fueron de los más importantes, pero hubo otros muchos que hicieron que los gobiernos fueran débiles, dificultando que se asentaran las políticas generales.

Hubo alteraciones del orden público y para ello se aprobó una legislación muy dura, pero eso no evitó que se produjesen ciertos sucesos que crispaban la opinión pública, desde Casas Viejas, pasando por la Sanjurjada hasta la revolución asturiana, cada uno de ellos de un signo muy diferente al anterior, pero, en todo caso, eran los síntomas de una sociedad que pretendía tomar un rumbo distinto a las inercias seguidas hasta la fecha en las que no se había sabido atender las necesidades del país.

En todo caso, las estructuras democráticas republicanas no tuvieron tiempo de consolidarse en este territorio abonado a la disputa ideológica y los temores sociales (que, hay que insistir no necesariamente debían conducir a una guerra civil), en una sociedad que se hallaba sumida en una imparable transformación, en la que las fuerzas progresistas buscaban la manera de convertir a España en un país moderno, y las reaccionarias empeñadas en detener esos avances que creían iban a traer consigo los peores males<sup>58</sup>.

Ahora bien, Javier Ortega Smith, no dudó, en una entrevista en RTVE, en afirmar que mientras en la España de Franco, ‘las elecciones’ (en realidad, eran plebiscitos controlados por las autoridades) siempre las ganaba el régimen, en cambio, hay quienes pretenden ‘vender’ la

---

58 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Madrid, Encuentro, 2010; Fernando DEL REY (coord.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011; y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012.

Segunda República como un periodo de “democracia, paz y orden”. Por lo mismo, afirmó que hay historiadores que piensan que la guerra civil empezó antes y que durante el quinquenio se “quemaban iglesias, volaban monjas” y “había españoles perseguidos por sus ideas políticas”. Por lo tanto, se deduce de sus aseveraciones que en España se vivía una “preguerra” y, por ello, es imposible hablar de libertad ni democracia durante el periodo republicano. Además, como gravamen, indicaba que, en plena guerra civil, en “las checas se torturaba a la gente y no las hizo Franco”<sup>59</sup>.

De nuevo, la incoherencia del líder ultraderechista es pasmosa. Y me detengo una vez más en ello porque clarifica y, al tiempo, sintetiza ese falso imaginario que se da en ciertos sectores sociales. Como él mismo señalaba antes, si en la historia hay luces y sombras, ¿dónde están ‘las luces’ de las que habla del periodo republicano?

El parlamentario de Vox reduce los cinco años de gobiernos republicanos (unos progresistas y otros conservadores, donde las derechas tuvieron su protagonismo), en estos tres ítems: quema de iglesias, violación de monjas y persecución ideológica. Da la sensación de que la mirada simplista de Ortega Smith recoge la esencia de lo que ha configurado (por desgracia, sigue viva) la ‘leyenda negra’ del franquismo<sup>60</sup>.

Por eso, es interesante el incidir en su punto de vista. No porque sea valioso sino porque es un imaginario que, todavía, está muy arraigado a este respecto y cuya publicitación el ultraderechista pretende extender más allá de su mero uso doméstico. Cierto es que, como se apuntaba, hay

---

59 <https://www.20minutos.es/noticia/4424663/0/ortega-smith-dice-que-en-el-franquismo-habia-elecciones-que-siempre-ganaba-el-regimen/> [Consultado el 26 de octubre de 2020]

60 Giuliana DI FEBBO, “La cancelación de la República durante el franquismo”, en Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), *Memoria de la Segunda República*, 2006 (117-134), p. 122. De hecho, como señala esta autora, en 1948, el régimen publicó la obra *La legalidad en la República española*, un panfleto dedicado a demostrar que la República había sido una falsa democracia caracterizada por “un clima de censuras, quema de conventos, deportaciones y gobernada por marionetas manejadas por la Tercera Internacional”. Vamos, rasgos que se asemejan mucho a los que utiliza hoy día Vox contra el Gobierno de coalición.

un sector minoritario de publicistas e historiadores que han recogido la interpretación (entiéndase, mito) franquista de que la guerra no empezó el 18 de julio de 1936 con una fallida sublevación militar, sino en 1934, todo lo cual incidía en deslegitimar, prácticamente, todo el periodo republicano<sup>61</sup>.

De esta manera, se libra a los militares de ser los responsables directos de la guerra civil, al contrario, fueron sus salvadores. Pero comparar la sublevación en Asturias con una preguerra es, de nuevo, acomodar los hechos a una manera de pensar torticera y dar por sentado que ya se sabía lo que iba a suceder. Y no había manera de saberlo. Porque no se detienen a valorar ni evaluar por qué se produjo, qué efectos tuvo y qué realidades había detrás. Además, se trata a los insurgentes asturianos como si no fuesen españoles que reclamasen justicia y dignidad. Se puede criticar la ambigua postura socialista respecto de lo que allí ocurrió. Se puede incluso indicar que cometieron errores y que pusieron en riesgo la democracia republicana que ellos mismos habían instaurado. Pero en modo alguno se puede dar por hecho que eso justificó la hecatombe posterior, ni situarlo como un prolegómeno. Porque, contradiciendo su argumento, el bueno de Ortega Smith no valora que la misma República fue la que reprimió a los asturianos y catalanes rebeldes, y que el Ejército, a cuyo frente se encontraba Franco en esos momentos, lo hizo de una forma cruel e inhumana, como si estuviera en África. También obvia lo que supuso para la sociedad española el franquismo y la destrucción de la democracia republicana y que, en palabras de Giuliana Di Febo, fue anular “el derecho a la ciudadanía”<sup>62</sup>.

Y como no podía ser menos, Ortega Smith disuelve, maliciosamente, la línea que separa el periodo de paz republicano y el estallido de la guerra civil (siguiendo las premisas de los apologetas del régimen, Moa, Vidal o De la Cierva), sin valorar, incluso, los intentos de la República por reconducir los acontecimientos, ni la verdad de los hechos en su verdadero contexto histórico. Todo es todo, como ha

---

61 REIG TAPIA, 2006, pp. 247-248; y CUESTA, 2008, p. 147.

62 DI FEBO, 2006, p.119.

sido siempre, unas derechas excelsas y patrióticas, y unas izquierdas criminales y antipatrióticas<sup>63</sup>.

En este *totum revolutum*, las checas (o Paracuellos<sup>64</sup>) sirven como el comodín inagotable y permanente de la ultraderecha para señalar que los rojos actuaron de una forma atroz e inconmensurablemente peor que los nacionales, sin advertir que las checas fueron producto de la guerra, no tuvieron nada que ver con el régimen republicano en paz. De hecho, nadie niega los horrores de las checas, en cambio, sí es llamativo que no entre a valorar el régimen de terror impuesto por el bando sublevado contra los afines a la República... Además, las características de esa violencia fueron diferentes. Condenables por igual, pero no equitativas, incluso el número de asesinatos por parte del bando sublevado fue mucho mayor<sup>65</sup>. Sin embargo, esta singularidad del ‘terror rojo’ se convierte en un catalizador de las memorias de la posguerra (y que perduran en la actualidad)<sup>66</sup>, de un modo autojustificativo, en el que los vencedores se vieron forzados a contraponer esa barbarie con su propia heroica actuación y poner orden en el caos. El franquismo se empeñaría en negar u ocultar sus páginas negras, como el bombardeo de Guernica, que arrogó a dinamiteros rojos y separatistas, y que jamás reconoció la responsabilidad de su destrucción, y por lo mismo, de otros muchos sucesos relevantes<sup>67</sup>.

63 REIG TAPIA, 2006, pp. 254-257. Para un análisis brillante y sardónico de 1934.

64 Esta matanza es un tema muy recurrente por parte de la derecha o de sus medios de comunicación afines para recordar los ‘horrores republicanos’, y sin mostrar la misma atención en las matanzas protagonizadas por el bando nacional (por ejemplo, la matanza de Badajoz y otras). De hecho, en un reciente artículo se identifica al responsable de lo ocurrido directa y recurrentemente con la Segunda República dejando claro su culpabilidad y estigmatización: Manuel P. VILLATORO, “El agrío relato del niño fusilado que sobrevivió a las matanzas republicanas de Paracuellos”, *ABC*, 1 de septiembre de 2020 [https://www.abc.es/historia/abci-agrio-relato-nino-fusilado-sobrevivio-matanzas-republicanas-paracuellos-202008302314\\_noticia.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F](https://www.abc.es/historia/abci-agrio-relato-nino-fusilado-sobrevivio-matanzas-republicanas-paracuellos-202008302314_noticia.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F) [Consultado el 26 de octubre de 2020]

65 José Luis LEDESMA VERA, “Una retaguardia al rojo. La violencia en la zona republicana”, en ESPINOSA MAESTRE, Francisco (ed.). *Violencia roja y azul*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 152-250.

66 RICHARDS, 2013, p. 53.

67 REIG TAPIA, 2006, pp. 287-307; y BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, pp. 221-222.

Del mismo modo, concluida la contienda, tampoco se hizo ningún gesto de contrición por los miles de desafortunados muertos en el bando republicano, ni mucho menos por los asesinados que de forma arbitraria poblaban los descampados y cunetas a lo largo y ancho del país. Tampoco se avino a una política reconciliatoria. Al revés, se acusó a los afines a la República de “adhesión a la rebelión”. La historia al revés. Lo peor es que no se trataba de juzgar a rojos y comunistas extranjeros, sino a españoles. Lo que es claro es que la guerra civil fue un trauma nacional que el franquismo, lejos de ayudar a encarar, lo fortaleció, llevando a cabo una lectura torticera de lo sucedido, persiguiendo, depurando o asesinando al bando derrotado, e imponiendo un modelo de sociedad ultraconservadora que, a la larga, fue evolucionando hasta que, tras la muerte de Franco, se logró materializar y hacer oficial su gran aspiración democrática...<sup>68</sup>.

Si en 1 de abril de 1939 era impensable hablar de Estado liberal y democrático, el 20 de noviembre de 1975, los nuevos aires que habían ido impulsándose en España a lo largo de estas décadas, se adaptaron, eso sí, solo dando entrada a un régimen admisible por los sectores todavía del búnker: una monarquía (que acabaría siendo constitucional). La Transición fue presentada como una evolución del viejo régimen para tener a la vieja guardia contenta, pero, en realidad, provocó su demolición. A cambio, se hizo ‘tabla rasa’ con el pasado<sup>69</sup>. El temor a la reacción del franquismo (el denominado *búnker*) fue lo que propició los acuerdos y los pactos entre los partidos políticos. Y la República fue la sacrificada para proceder al advenimiento de la democracia, pero también lo fue su justa memoria<sup>70</sup>.

---

68 RICHARDS, 2013, pp. 85-108.

69 Ibidem., pp. 270-276. Con la Ley de Amnistía, aunque a cambio se logró que las viudas y los mutilados de guerra republicanos pudieran cobrar sus pensiones. También los represaliados o depurados tuvieron algunas compensaciones parciales.

70 José-Carlos MAINER y Santos JULIÁ, *El aprendizaje de la libertad 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000; y Charles POWELL, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001; Carsten HUMLEBAEK, “La memoria de la Segunda República durante la transición a la democracia”, en Ángeles EGIDO LEÓN (ed.), *Memoria de la Segunda República*, 2006, pp. 159-173.

## 5. La República maldita

Analizado el periodo republicano, se dieron muchas líneas grises. En modo alguno se pueden justificar ciertos actos que se sucedieron, pero para entender los fracasos reformistas republicanos habría que ahondar en la herencia dejada por la Restauración, no solo en los errores del quinquenio democrático. Los ilusionantes y ambiciosos planes que pretendieron cambiar una sociedad de arriba debajo en poco tiempo fueron, vistas las resistencias existentes, irrealizables. Lo único que hicieron fue despertar los recelos y las iras de la reacción, de aquellos sectores aferrados a sus idiosincrasias que querían cambiar moderadamente algunos aspectos para que todo siguiera igual y, al mismo tiempo, las desigualdades sociales y la falta de justicia social prosiguieran imperando en todo el país.

Sin embargo, es evidente que el estallido de la guerra civil fue una fractura total y absoluta que puso en liza a todos los proyectos políticos existentes (desde los más conservadores a los más radicales). Y quien se llevó el gato al agua, finalmente, en el campo de batalla, fue el más conservador, el liderado por los militares africanistas<sup>71</sup>.

Por desgracia, aún se sigue identificando, en el imaginario, a la República de 1931 con este marco de ruptura que surgiría a partir de julio de 1936. Pero en este nuevo contexto los goznes del Estado de derecho saltaron por los aires, los militares propiciaron que la autoridad se rompiera en mil pedazos y, por ello, acabaran produciéndose las checas, las sacas y toda clase de crímenes que en modo alguno la República justificó ni auspició. De hecho, a finales de 1936, no sin mucho esfuerzo, lograron las autoridades republicanas recuperar el monopolio de la violencia y su legitimidad<sup>72</sup>.

---

71 REIG TAPIA, 2006, p. 450. Pero, desde luego, los estudios que desmontan “el mito de unas masas revolucionarias desatadas y violentas que ‘justificarían’ la necesidad e inevitabilidad de la contrarrevolución y, por lo tanto, emprender la inevitable cruzada sanadora, es literalmente abrumadora”.

72 Helen GRAHAM, *La República española en guerra 1936-1939*, Barcelona, Debate 2006.

El franquismo, en cambio, no tuvo ese problema. Actuó bajo la premisa de que su ‘terror autolegitimado’ era lo único que podía hacer entrar en vereda a los enemigos de la patria. Si bien, paradójicamente, eran ellos quienes la habían conducido a dicho abismo. Los horrores de un bando y otro fueron diferentes, en entidad, naturaleza y definición. Aunque eso no le impidió al franquismo constituir la Causa General, a incautarse y reunir toda la documentación posible que acabaría convirtiéndose en el Archivo de la guerra civil, para identificar con claridad a todos los enemigos<sup>73</sup>. Tal y como escribe Josefina Cuesta: “El periodo republicano y todo lo que significaba quedaría sometido a una persecución implacable, sería víctima de la condena o de la culpa o quedaría relegado al olvido”<sup>74</sup>. Y, “nunca un imperativo de olvido está en el principio de la justicia que requieren las víctimas”<sup>75</sup>. Se impulsó, como es bien conocido, una política de la venganza sin paliativos, en la que la sociedad quedó dividida entre vencedores y vencidos<sup>76</sup>. Validando, por lo tanto, la República “como la última y nefasta consecuencia de una cadena de catástrofes”<sup>77</sup> de la que nos salvó, cómo no, el franquismo.

No señalo nada novedoso. La historiografía ha analizado y apuntalado todas y cada una de tales afirmaciones (y prosigue con esta labor), llevando a entender bien la complejidad y dimensiones extraordinarias de la guerra civil. Claro que eso no es lo que se debate en los foros públicos, se debate el alcance de la memoria y más concretamente, ese sentimiento de rechazo que provocó primero la Ley de Memoria Histórica (2007) y, en la actualidad, el anteproyecto de Ley de Memoria Democrática (2020).

La necesidad del franquismo de legitimar el régimen mediante su victoria militar vino acompañada por la demonización del bando vencido y, más específicamente, por la ‘extirpación’ de todo el recuerdo

---

73 Manuel ORTIZ HERAS, David RUIZ e Isidro SÁNCHEZ (dirs.), *España franquista: Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 1993; y Zira BOX, *España, año cero*, Madrid, Alianza, Madrid, 2010.

74 CUESTA, 2008, pp. 144-145.

75 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, p. 108.

76 BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, p. 61.

77 DI FEBBO, 2006, p. 120.

funesto de la Segunda República<sup>78</sup>. Se le consideraba como el periodo más nefasto de la historia, el más terrible y escabroso. España, la de los del bando nacional, había tenido que sacar lo mejor de sí y dirimir en el campo de batalla una lucha a muerte con su más enconado enemigo: el comunismo internacional. Un comunismo, marxismo-bolchevismo, que pretendía adentrarse en el corazón de Europa para destruirla. Y no estoy haciendo alusión a una propaganda propia y entendible de 1936, sino a lo que fue el discurso oficial en algunas películas tardías como *La paz empieza nunca* (1960) o *Un puente sobre el tiempo* (1964), que, desde luego, no invitaban a la reconciliación. En la primera, se advierte que los ‘enemigos’ de la patria no descansan y, por lo tanto, hay que luchar siempre contra ellos. En la segunda, entre otras cosas, a mayor vanagloria de las figuras de los alféreces provisionales, el advenimiento de la República sería calificado despectivamente como “una fiesta de verbena”. En ambas, como no podía ser menos, se insiste en el tema de la quema de iglesias y las políticas anticlericales. También se dio un cine más conciliador, todo hay que decirlo, como en *Tierra de todos* (1961) o *Diálogos de la paz* (1965), en el que los republicanos eran reintegrados en la España nacional, asumiendo, como no podía ser de otra forma, su error de haber luchado en favor de un perverso ideal como el comunista (claro que en ninguna de ellas la República quedaba exonerada de su culpa)<sup>79</sup>.

El 25º aniversario de la victoria en la guerra, en 1964, fue celebrado por el franquismo como años de paz, arrogándose el régimen el haber acabado con todas las disputas internas del país causadas,

---

78 AGUILAR FERNÁNDEZ, 1996, pp. 81-84; CUESTA, 2008, p. 149; y BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, pp. 127-131. El callejero, festividades, monumentos y así un largo etc. fue sustituido por una memoria simbólica propia con sus héroes, hitos, mártires y pasajes propios de la nueva iconografía cruzadista.

79 El cine se encargó, precisamente, de constituir un imaginario muy eficaz a este respecto que parece que perdura de forma incorruptible desde entonces: Magí CRUSELLS, *La Guerra Civil española: cine y propaganda*, Barcelona, Ariel Historia, 2000; Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA, *Cine y guerra civil española, del mito a la memoria*, Madrid, Alianza, 2006; Emeterio DÍEZ PUERTAS, *El montaje del franquismo: política cinematográfica de las fuerzas sublevadas*, Barcelona, Laertes, 2002; y Gabriela VIADERO CARRAL, *El cine al servicio de la nación*, Madrid, Marcial Pons, 2016.

por supuesto, por agentes e ideas extranjeras<sup>80</sup>. En otras palabras, habría alzado la aspiración suprema de toda dictadura: que todos los ciudadanos pensasen y sintiesen igual. No era verdad, la pluralidad, incluso, en un régimen como este era imposible de someter (incluso el mismo franquismo contaba con las diputadas internas de las distintas familias que los componían<sup>81</sup>). No se habilitaba ninguna política de conciliación, ni de acercamiento a los perdedores, tan solo, el regocijo de haber conseguido consolidar la dictadura durante estos años. Se había pasado, tímidamente, de hablar de “cruzada” a “guerra fratricida”, aunque, por supuesto, los que se habían equivocado totalmente eran los que habían militado en el bando republicano<sup>82</sup>.

Aunque, insisto, la estrategia del franquismo, por injusta y oscurantista que fuera, tenía su lógica al cargar las tintas sobre los rojos e identificarlos con la República (en general, sin distinguir la época de paz de la de la guerra) para disfrazar así sus propios horrores, pero cabría pensar que en la España democrática estos mitos deberían haberse desterrado hace mucho tiempo. Es evidente que no. En fechas no muy lejanas, la historia de la República queda circunscrita a su leyenda negra, reduciendo el periodo a unos meros clichés que pueden resumirse como muy esquemáticos y simplistas, todos ellos, por supuesto, con un sesgo muy negativo. Sin ir más lejos, en un debate en la Asamblea de Madrid, la presidenta Isabel Díaz Ayuso, en una mordaz crítica contra el PSOE y sus socios de Gobierno, Unidas Podemos, llegó a decir: “Porque el PSOE y el presidente del Gobierno, con tal de parecerse más a Podemos que el propio Pablo Iglesias, lejos de promover la unidad de los españoles o resolver los problemas, nos divide. Esa es la hoja de ruta de la izquierda, con un objetivo muy claro: la Transición, la bandera, la Corona y la Constitución, porque simbolizan la unidad, la fortaleza de las instituciones y la convivencia entre todos los españoles”. A lo que añadió: “Los que sí vivieron ese periodo decidieron pasar página. ¿Quiénes se creen que son para saber mejor qué sentían o pensaban quienes se fundieron en un abrazo en el 78? ¿Qué será lo siguiente? ¿La

---

80 Gustavo ALARES LÓPEZ, *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964)*, Madrid, Marcial Pons, 2017, p. 353.

81 Ismael SAZ, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

82 RICHARDS, 2013, pp. 197-198.

cruz del Valle? ¿Todo el Valle? ¿Las parroquias del barrio? ¿Arderán como en el 36? (...) Sánchez pretende que sea Franco quien le saque del desastre”<sup>83</sup>.

De forma elocuente, aunque muy falsa, Díaz Ayuso sacaba a colación un tema muy controvertido. Los incendios de iglesias y ciertos lugares religiosos en 1931 y, en menor medida, en 1936<sup>84</sup>. Dicho así, la líder del PP madrileño dejaba caer que los socialistas estaban permitiendo que la ultraizquierda, como en los tiempos de la Segunda República, hiciera lo que le viniera en gana. Y que todo esto, en su irresponsabilidad, solo podría atraer nuevos tiempos aciagos. El referente republicano era evidente. La República solo trajo división, enfrentamiento y violencia. Fue un periodo excepcional, como si de la noche a la mañana la historia de España se hubiese detenido. No es verdad.

En todo caso, resultaba paradójico, por triste que fuese este episodio mencionado, que Díaz Ayuso no fuese consciente de que solo gracias a los valores republicanos, ella pudiese hablar en calidad de Presidenta de la Comunidad de Madrid. Porque el fin de la República laica que ella tan veladamente criticaba, supuso para la mujer la vuelta al hogar, el cercenamiento de todos sus derechos democráticos y su subordinación al hombre<sup>85</sup>.

El imaginario y la memoria operan de una manera muy distinta a la de la historia. Se les influye más rápidamente. Sus esquemas constructivos son más simples y, por supuesto, más determinantes a

---

83 Agencias, “Díaz Ayuso, sobre su polémica con la quema de iglesias: “No estaba alabando al franquismo”, *El País*, 7 de octubre de 2019 [https://elpais.com/ccaa/2019/10/07/madrid/1570447477\\_969942.html](https://elpais.com/ccaa/2019/10/07/madrid/1570447477_969942.html) [consultado el 11 de octubre de 2020].

84 Hilari RAGUER, “España ha dejado de ser católica. La Iglesia y el alzamiento”, en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio* (239-257), 2013, p. 241. El 11 de mayo de 1931 se desató en alguna población de Madrid, Málaga y otras localidades una quema de conventos ante la pasibilidad del gobierno, más concretamente, ante la negativa del ministro de la Gobernación, a la sazón el católico Manuel Maura, a utilizar las fuerzas del orden para detenerlas.

85 FEBO, 2006, pp. 124-134. Incluido su derecho al divorcio.

la hora de crear sensaciones. El horror de los incendios y la violencia republicana son supuestamente muy evidentes, pero, claro, no es tan sencillo de matizar en la réplica. Tratar de indicar que los movimientos anticlericales se fueron alimentando de una serie de terribles injusticias acumuladas en las décadas anteriores no sirve para desmontar la imagen perniciosa de una República que no fue capaz de responder a la acción de grupos violentos que no compartían el mismo espíritu que ellos. Fue un error minusvalorar la amenaza de estos radicales. Sin duda, no fue el régimen republicano el que espoleó los incendios ni el anticatolicismo<sup>86</sup>.

Se produjo un estallido popular de rabia, dolor y frustración que el joven gobierno no supo anticipar, pero que venía larvadamente preparándose antes, y que solo encarnaba a un grupo pequeño de extremistas. Fue la Restauración la que no supo hacer frente a la situación de la sociedad, la que no se buscó solucionar los problemas que se iban acumulando sin remedio y que, como resultado, esta explosión emocional derivó en la tragedia a lamentar. Sin duda, las míticas palabras de Manuel Azaña de que España había dejado de ser católica se grabaron a fuego en el acervo católico del momento durante el periodo. No era, ni mucho menos, verdad, a pesar del diagnóstico tan desacertado de este. Pero tampoco se trataba, como señala el religioso e historiador Hilari Ragner, del anuncio de “un programa de persecución religiosa”<sup>87</sup>.

Los detractores de Azaña y, luego, durante la guerra, se sirvieron de esta frase para convertir la causa nacional en Cruzada, aunque ni mucho menos los militares se habían movilizado por la Iglesia, hasta que, tristemente, los miles de muertos religiosos se convirtieron en una áspera y gris realidad en la retaguardia republicana. Y, además, como indica Richards, no fueron los únicos hechos importantes en ese contexto, también hubo huelgas y manifestaciones reivindicando

---

86 Emilio LA PARRA LÓPEZ y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998 y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Política y religión en la Segunda República Española (1931-1936)*, Madrid, Centros de Estudios Políticos y Constitucionales, 2002.

87 RAGUER, 2013, p. 239.

reformas y mejoras laborales, no solo quema de iglesias<sup>88</sup>. Díaz Ayuso se quedó en *el estigma*, no en la complejidad del marco, obviando que ese ayer no se puede superponer al presente sin más.

Lo curioso del caso es que la Presidenta de la Comunidad de Madrid tratara no de recordar un problema de tolerancia de carácter confesional, sino de utilizar el imaginario antirrepublicano para desautorizar a la izquierda. Reavivaba la llama de una memoria fraudulenta, de buenos españoles (las derechas) y malos (las izquierdas). Debería haber sido más autocrítica, ella y su partido con sus propias políticas a tenor de que se preocuparon poco o nada en reconocer la represión franquista ni atender al requerimiento de la misma ONU de impulsar las exhumaciones de las desapariciones forzosas provocadas durante la posguerra, o lo que es lo mismo, localizar y encontrar los miles de cuerpos de españoles asesinados que todavía se encuentran en paradero desconocido<sup>89</sup>. Y no por ser una cuestión pragmática sino porque, como indica Martínez Rodríguez, “cuando el pasado se traduce en visibilidad y en justicia, abre las puertas a un contexto de reconciliación, en el que los actores implicados recuperan su dignidad (...)” y, añade unas líneas más adelante: “el esclarecimiento y la restitución de la dignidad pública constituyen así los pasos por los que el estigma del sufrimiento deja de lastrar a los individuos como víctimas para rehabilitarlos como sujetos políticos”<sup>90</sup>.

Más recientemente, de forma más críptica, pero igualmente clarificadora, el líder de Vox, Santiago Abascal, en su defensa de la moción de censura contra el Gobierno de Sánchez, mostró una vez más su rechazo a la Ley de Memoria Histórica y, concretamente, dirigiéndose al Presidente le recriminó que prefiera a quienes “fracasaron dos

---

88 RICHARDS, 2013, p. 59.

89 BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, pp. 266-278. Aunque sí se preocupó el PP, en 2003, en repatriar los cuerpos de los integrantes de la División Azul, en exhumar 1.300 cuerpos y en construir un monumento en su memoria en la localidad rusa de Pankovska, cerca de San Petersburgo. Cf. REIG TAPIA, 2006, pp. 451-452. La misma ONU ya había condenado al franquismo, en 1946. Y el 2 de octubre de 1997, volvió a recordar a España que seguía sin cumplir con sus deberes con las víctimas del franquismo.

90 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, pp. 101-102.

veces: provocaron la guerra y además la perdieron<sup>91</sup>. Solo cabía una interpretación a estas palabras alusivas. Identificaba a Unidas Podemos y a los partidos nacionalistas independentistas como los herederos directos de los que hundieron la República. Su juicio de valor es una interpretación maliciosa en la que responsabiliza de forma manida a las izquierdas radicales y al secesionismo de provocar la guerra civil...

Lo que hace Abascal es una estratagema facilona. Alterar el orden de los factores. Y, de este modo, cabe pensar que aquellos que no están a favor de las instituciones monárquicas son los mismos que, en su día, las destruyeron. En modo alguno alude al bando nacional, a la responsabilidad de las derechas en facilitar un golpe de Estado fracasado, que fue la causa directa de lo que sería el derrumbe del poder republicano y la violencia posterior. Una violencia que tampoco fue igual, equitativa, ni mucho menos se puede colocar en la misma balanza. Solo hay que acudir a las investigaciones para observar la crudeza de unos hechos que tuvieron una naturaleza diferente en ambas retaguardias. Mientras la violencia republicana fue orquestada por diferentes grupos que aprovecharon el vacío de poder, hasta que las instituciones recuperaron el control de la autoridad (destruida por la sublevación), la violencia del bando nacional fue una estrategia fundamental para implementar el terror y acabar con los enemigos ideológicos... Ni una ni otra estuvieron justificadas. Pero mientras que la adscrita al bando republicano alcanzó su cénit en los primeros meses de la guerra, en 1936, la del franquismo persistió no solo hasta el final, sino mucho después de haber acabado las hostilidades<sup>92</sup>.

Lamentablemente, arrastrados por esta perversa dialéctica se vuelve a caer en emborronar, por no decir suprimir, la línea distintiva entre la República en paz y la guerra civil, como si fuesen el mismo

---

91 Miguel GONZÁLEZ, “Abascal, un candidato sin programa con la bandera de Trump”, *El País*, 22 de octubre de 2020. <https://elpais.com/espana/2020-10-21/abascal-un-candidato-sin-programa-con-la-bandera-de-trump.html> [Consultado el 22 de octubre de 2020]

92 Santos JULIÁ, (coord.) *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy, 2004; Julio PRADA RODRÍGUEZ, *La España Masacrada*, Madrid, Alianza, 2010; Paul, PRESTON, *El Holocausto Español*. Barcelona: Debate, 2011; y Fernando DEL REY, *Retaguardia roja: violencia y revolución en la guerra civil española*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

periodo. A la ultraderecha no le interesa hablar de historia sino de fatalidades, no pretende hacer del ejercicio de la memoria un “remedio contra el mal”, como señala Todorov<sup>93</sup>, sino su oscuro estandarte. Y lo que es peor, superpone a los actores de ayer a los protagonistas de hoy como si tal cosa, en una acomodación tan engañosa como distorsionadora de lo que es el devenir histórico.

Se utiliza así el pasado torticeramente no como un lugar de aprendizaje colectivo, sino para despertar fantasmas del imaginario que una dictadura impuesta por el poder que le confirió la fuerza de las armas (y no la voluntad popular) inventó para legitimarse<sup>94</sup>. Y como se ha ido comprobando, se confunde la memoria de la guerra a la memoria de la etapa republicana como si fuesen la misma y no hubiese manera de distinguirlas. Lo cual no deja de ser una perversión del pasado, una mitificación negativa de todo lo sucedido. Pero sin más fin, curiosamente, que focalizar sus aspectos ‘negativos’, todos ellos, sin entender que no dejan de ser nuestro legado y como tal han de mostrarse también los aspectos no solo ‘positivos’ sino los claves para nuestro aprendizaje histórico.

El 22 de diciembre de 2020, se produjo otro incidente antirrepublicano. El Gobierno proponía en la Comisión Constitucional llevar a cabo un homenaje por el 90º aniversario, de cara a 2021, de la aprobación de la Constitución de 1931. El tema se calentó, los partidos de centroderecha, PP, Ciudadanos y Vox consideraron que no veían motivos al tildar el marco legal republicano de “antirreligioso”. El PP valoró negativamente que mientras el Ejecutivo ‘atacaba’ el marco constitucional del 78, reivindicara este pasado, como si fuesen dos eventos incompatibles.

---

93 Tzvetan TODOROV, *La memoria, ¿un remedio contra el mal?*, Barcelona, Arcadia, 2009.

94 HUMLEBAEK, 2006, p. 163. Por ejemplo, en la Transición fue más fácil legalizar al Partido Comunista (quien tuvo que renunciar a la bandera republicana) que a partidos republicanos de carácter moderado, incluso, por ese temor a reavivar los ‘peligros’ de su memoria. Pero, en la actualidad, resulta no solo fuera de lugar, sino que es muy revelador hasta qué punto el discurso ultraderechista ha calado en una sociedad que, sin duda, todavía está lejos de haber asumido el rigor de la historia republicana.

El representante de Vox, José María Sánchez, llegó incluso a referirse al supuesto fraude de las elecciones de febrero de 1936<sup>95</sup>, como si esto tuviera algo que ver con la relevancia que adquirió en su momento aquella nueva legislación democrática y, por añadidura, sacó a relucir la misma retórica de siempre acusando a esta de los “errores imperdonables [que] llevaron al fratricidio y a la contienda civil”<sup>96</sup>.

En otras palabras, el germen del mal estaba en el origen, no en la actuación de los militares golpistas ni todas las fuerzas de la reacción que pugnaron contra la República. A pesar de la defensa llevada a cabo por el socialista Diego Taibo de la misma, incidiendo en que “sus principios inspiradores son los mismos que los de la actual”, eso no convenció a la bancada de la oposición conservadora. Y María Jesús Moro acusó al Gobierno de pretender una “exaltación mitificadora de la República (...)”<sup>97</sup>. Si hubiera algo de sensatez en el debate, se revelaría que la Constitución republicana de 1931 fue de todos, aprobada por las Cortes, ratificada por la ciudadanía. Seguro que, si fuese la conmemoración del reinado de los Reyes Católicos, no habría suscitado el más mínimo rechazo, por lo que significan para la derecha del inicio de la unidad

---

95 Ciertamente es que se publicó un libro en el que se reafirmaba, supuestamente, dicha tesis: Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCÍA, *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Barcelona, Espasa, 2017. Lo curioso es que, al final, los autores indicaban que eso no justificó la rebelión militar. Algo que, desde luego, omitía el integrante de Vox, salvo que hiciese un uso directo del mito franquista. En todo caso, un artículo posterior refutaba y desmontaba las conclusiones del libro y *las sombras de sospechas* planteadas sobre la legalidad y limpieza de las elecciones: Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, “Revisando el revisionismo. A propósito del libro *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*”, *Historia Contemporánea*, núm. 58, 2018, pp. 851-881. En otras palabras, no solo el Frente Popular ganó las elecciones honestamente (a pesar de las irregularidades que se pudieran dar en ciertos casos), sino que la violencia política no determinó el resultado. Si los militares se alzaron, lisa y llanamente, fue porque no aceptaron el reformismo republicano.

96 Juan CASILLAS BUYO, “El PSOE da alas a su espíritu republicano en vísperas del discurso más difícil del Rey”, *ABC*, 23 de diciembre de 2020 [https://www.abc.es/espana/abci-psoe-mas-nostalgico-segunda-republica-pide-conmemorar-constitucion-congreso-202012220942\\_noticia.html](https://www.abc.es/espana/abci-psoe-mas-nostalgico-segunda-republica-pide-conmemorar-constitucion-congreso-202012220942_noticia.html) [Consultado el 23 de diciembre de 2020].

97 Xosé HERMIDA, “Ni el 31 ni el 78 rompen el muro del congreso”, *El País*, 23 de diciembre de 2020 <https://elpais.com/espana/2020-12-22/ni-el-31-ni-el-78-rompen-el-muro-del-congreso.html> [Consultado el 23 de diciembre de 2020]

patria (aunque estamos hablando, aún, de reyes medievales, donde hacían y deshacían a su antojo). Es evidente que el prejuicio ideológico estaba sobre la mesa y que se han constituido ‘memorias divididas’ sobre este tema, aunque el legado republicano no sea solo exclusivo de las izquierdas, sino de todos los españoles, se sigue sin pensar así. De hecho, hay que valorar que durante la Transición hubo una clara renuncia a reivindicar a la República derrotada (es más, se quedó sin herederos, ante la renuncia de muchas de las fuerzas que la integraron a defenderla<sup>98</sup>), se puso como contraejemplo en el que mirarse<sup>99</sup>.

Pero eso no evitó que se dieran ciertos gestos de compromiso y de continuismo, como cuando el rey Juan Carlos I visitó México, y se entrevistó con Dolores de Rivas Cherif, la viuda del último Presidente de la República, Manuel Azaña. O cuando acudió a Toulouse y saludó a los exiliados republicanos. Parece que esta nueva generación de políticos sentados en los bancos de la derecha parlamentaria, y que tanto reivindican la figura del monarca y de la Transición, se olvidan claramente de sus gestos y las implicaciones simbólicas que aquello trajo consigo<sup>100</sup>. Memorias de cristal.

Cierto es que en la etapa posterior, ya en los años 80, durante los gobiernos socialistas de Felipe González, no se hizo un intento serio de recuperar o valorar la memoria republicana, oculta tras el velo del drama de la contienda. Se aprobaron algunas leyes, como la de 1984, que indemnizaba a las víctimas de la represión política y concedía una pensión a los antiguos miembros de las fuerzas policiales y militares republicanas<sup>101</sup>. Y cuando llegó el momento de recordar el 50<sup>a</sup> aniversario del inicio de la contienda, se pasó página rápidamente, afirmando que aquello era historia. Fueron los profesionales de la ciencia histórica los que cubrieron este vacío ofreciendo un enorme caudal de eventos y

---

98 DUARTE, 2009, pp. 374-375.

99 AGUILAR FERNÁNDEZ, 1996, pp. 210-2012.

100 REIG TAPIA, 2006, pp. 242-243.

101 RICHARDS, 2013, pp. 298-302. Los pocos conatos que se dieron en este marco de exhumaciones fueron clausurados rápidamente por el 23-F.

publicaciones. De otro modo, el hecho habría pasado desapercibido<sup>102</sup>. Ahí, muy pocos fueron los que se percataron de que la desconexión de la historia y la memoria podía ser un problema, sobre todo, cuando las lecturas más acabadas del pasado no llegaron a la sociedad y ese vacío fue aprovechado por ciertos grupos reaccionarios para rescatar y volver a sacar del armario interpretaciones y teorías conspirativas franquistas...

La insuficiencia de las políticas institucionales, a la larga, ha desvelado la facilidad con que la memoria puede caer presa y víctima de ciertas corrientes de pensamiento equívocas (envuelto con la apariencia de ser la única verdad digna, aunque esté elaborada fuera de los circuitos del quehacer historiográfico) y volver a encender los fuegos del nacionalismo más recalcitrante. Por lo que en el momento en el que se volvió a querer recuperar el legado y simbolismo republicano, los viejos prejuicios ideológicos y los mitos invisibles, pero latentes, no se han sabido superar para volver a cargar contra ella como si fuesen el origen de todo mal, reconociendo, fugazmente, sus buenos propósitos, pero que acabaron siendo finalmente arrastrados al barro<sup>103</sup>.

De este modo, el recuerdo republicano (incluyendo el republicanismo como si fuese lo mismo) ha escenificado, otra vez, el enfrentamiento de las dos Españas, más política que realmente, por supuesto. Con una izquierda reivindicando (tardíamente), a partir de los años 90, la herencia que dejó la primera democracia española y una derecha renegando de ella, fijando sus coordenadas en la Transición. El uso político de la memoria y la demarcación ideológica de las posturas han convergido, sin duda, en ayudar a distorsionar el pasado, en convertir el aprendizaje histórico subsiguiente en papel mojado y en arma arrojadiza, en que la emergencia o defensa de los hitos franquistas<sup>104</sup>, reveladoramente, han demostrado el escaso arraigo, en

---

102 BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, pp. 233-236 y RICHARDS, 2013, pp. 322-323.

103 HUMLEBAEK, 2006, p. 166. Un planteamiento que perdura desde la Transición.

104 Siendo el más simbólico las resistencias a aplicar la Ley de Memoria Histórica o ya las voces críticas contra la exhumación de los restos de Franco, para sacarlos del Valle de los Caídos.

algunos sectores sociales, de la mirada académica frente a los nuevos publicistas del régimen autocrático<sup>105</sup>.

Quedaba claro que el continuismo histórico que el Gobierno de coalición quería establecer entre la Constitución de 1931 y el presente pretendía ser roto por la oposición de la derecha. De nuevo, se incidía en menoscabar el valor de una parte de la historia, aunque no la apreciaran, volviendo a poner en solfa su incapacidad de admitir el periodo con un fin didáctico o, por lo menos, conmemorativo, como si lo único que ellos pudieran aceptar fuera la Transición haciendo un punto y aparte con todo lo anterior. En todo caso, resultaba llamativo. La Historia de España del siglo XX de la que somos herederos, guste más o menos a algunos, tiene un capítulo muy singular que es la Segunda República. También están, por supuesto, los capítulos de la Guerra Civil, el Franquismo y la Transición. Pero es muy difícil pensar que únicamente la Transición fue hija natural de la dictadura, cabría más bien señalar que lo fue de la democracia republicana.

No obstante, como destacaba Richards, y es algo que no ha cambiado, “las políticas de la memoria se han configurado según lealtades y estrategias de partido”<sup>106</sup>. Algo que ya advertían algunos intelectuales como el mencionado Todorov. Por desgracia, en tales debates la cuestión del “deber de memoria”<sup>107</sup> (algo que la derecha no parece aceptar porque no es una buena memoria patria, sino más bien onerosa) se observa alineada con la ideologización del tema y no con la lección que debería obtenerse. Este confusionismo ha ayudado a quienes han reflatado las teorías franquistas, echando más leña al fuego, al querer superponer el pasado con la situación política actual. Un pasado muy alejado de lo que es la historia, desde luego, con una República aún injustamente estigmatizada, y una falta de reconocimiento de su perfil como régimen democrático. Tal y como escribía y sintetizaba Reig Tapia, “se pongan como se pongan sus detractores, y con ellos el neofranquismo historiográfico, el inmediato antecedente de nuestra actual democracia no es otro que la II República (1931-1936), en lo bueno y en lo malo. Y se pongan como se pongan, la guerra civil

---

105 BERNECKER y BRINKAMANN, 2009, pp. 261-262.

106 RICHARDS, 2013, p. 343.

107 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, pp. 106-107.

española (1936-1939) fue la lucha por restaurar aquella República, con sus errores y con sus aciertos (...)”<sup>108</sup>.

## **6. A modo de conclusión: la historia en tiempos de memoria**

Parece evidente que un exceso de memoria, sin historia, es tan malo como una ausencia total de memoria para la historia (algunas obras incluso, por eso mismo, abogan por el olvido). Encontrar el justo equilibrio es complicado, más cuando se simplifican los términos del debate, como se ha comprobado y acaban por caer en maniqueísmos tan falsos como equívocos, como si el pasado pudiera trasladarse y superponerse, sin más, al presente, identificando directamente a ciertos grupos o actores políticos con aquellos más extremistas sin preocuparse por el clima de animadversión que se genera.

Lo que está claro es que, al margen de lo que es la cuestión sobre la idoneidad o los defectos en los que incurrió la Ley de Memoria Histórica, la política debe ejercer un papel activo para configurar nuestro presente, pero también cuidar de no cometer, en su exceso de celo, una intrusión flagrante en territorios que no le competen, enjuiciando el pasado como si fuesen historiadores. Ciertamente es que un consenso total y absoluto por parte de la historiografía sobre ciertos temas controvertidos o complejos, ya se ha señalado, es imposible, e iría en contra de sus propósitos científicos y humanistas.

Es, además, pretender confundir la Historia con una verdad taxativa, con un dogma, cuando su labor es la de componer el retrato más completo posible de las sociedades humanas que, además, cambian y, por lo tanto, la perspectiva que se tiene del ayer evoluciona con ellas. Por lo tanto, la ambiciosa y titánica tarea de la ciencia histórica no puede reducirse a una mera sentencia, sino a su garantía de ofrecer distintas visiones interpretativas que nos acerquen lo más certeramente a una cierta verdad, objetiva y rigurosa. Pero la Historia no viene dada, como piensan los extremistas, se construye. Los hechos no son así, se codifican y se compilan, tratan de abordar sus diversos significados y para ello hay que estar en contacto directo con las fuentes. ¿Cuántas

---

108 REIG TAPIA, 2006, p. 243.

veces los especialistas se han quedado sorprendidos de que sus premisas no se han podido sostener ante las evidencias que se iban desvelando ante ellos y han acabado por rectificar y acabar por descubrir una perspectiva muy distinta a la original?

En todo caso, estas cuestiones pueden verse de dos maneras: unas la que permite que las sociedades aprendan de sus errores; otra, aquella en la que la Historia es utilizada al servicio del poder y, por lo tanto, deja de ser válida como ciencia humana. Porque se puede manipular (es, a la vista está, lo que se ha hecho) de una forma torpe o inteligente, lo mismo da, para un fin que no es comprender el pasado sino inventarlo.

En la actualidad y, todo apunta a que esto va para largo, la Segunda República, la guerra civil y el franquismo (y, cómo no, la Transición) estarán en el epicentro del debate, sobre todo, porque la larga sombra del franquismo está muy presente. Habrá posturas antagónicas al respecto, pero no por eso deben autodestruirse si parten de los instrumentos metodológicos que componen el saber histórico. Y los principales estudiosos y académicos, que han hecho lectura crítica del franquismo, se topan con un discurso (o contrarrelato) que busca descalificarlos, no con argumentos científicos, sino con generalidades, cargando contra ellos acusándoles de estar al servicio de una ideología (de izquierda), pero sin asumir que ellos mismos están guiados, manifiestamente, por un sesgo interpretativo igual de marcado. Claro que tales ‘expertos’ no son, mayormente, investigadores reconocidos o reputados en sus respectivas áreas de conocimiento, sino que suelen despreciar las aportaciones de los que sí los son, recurriendo a afirmaciones que desdeñan años de investigación y de contrastado estudio.

De este modo ellos se presentan como adalides de una verdad, contraria al objetivo supremo de la Historia, llenándola de viciados prejuicios que, tristemente, siguen contaminando la escena política. Ostentar la categoría de historiador, visto lo visto, es muy fácil en España, ni tan siquiera hace falta acercarse a una facultad de Historia, solo hace falta escribir y hacer que parezca ‘muy serio’ lo que dice.

Por desgracia, en el tema principal que nos ocupa, la incapacidad de ciertos sectores de contemplar y distinguir la Segunda República

como una etapa propia y un régimen real, auténtico y democrático, con sus luces y sus sombras, los lleva a recoger todas esas lecturas (por llamarlas de algún modo) que los ideológicos del franquismo crearon para justificar la sublevación y la imposición del régimen, borrando la línea que separa los años pacíficos de los que sería la confrontación civil de una forma atrevida y manipuladora. De hecho, los sublevados consideraron al régimen democrático su más enconado enemigo. A la vista de los acontecimientos, lo que es lo mismo, a la vista de la situación de la España actual, queda demostrado que los españoles podemos vivir en democracia y en paz, y que, la sociedad ha ido evolucionando, cambiando y alcanzando sus metas como sociedad plural, muy alejada del falso ideal franquista, y acercándose curiosamente más al ideal laicista y progresista que quiso instaurar la República. Pero también parece reavivarse un franco temor a plantearse una alternativa a la monarquía constitucional, como si eso volviera a sacar de su tumba a los jinetes del Apocalipsis.

La memoria y la historia no son incompatibles ni antagonistas ni enemigos, son parte de una misma conciencia ciudadana. Y del mismo modo que sabemos que hay memorias (individuales y colectivas) también sabemos que hay historias (relatos), pero que nada tienen que ver con la Historia. Habrá quien se empeñe en defender los mitos del franquismo, dándolos por realidades incuestionables, aunque sin saber de lo que están hablando, no aceptando ni reconociendo que la sublevación militar no estuvo justificada y que la contienda fue pura devastación contra un régimen imperfecto, pero totalmente legítimo, elegido por los españoles en las urnas. Y con tales afirmaciones no se pretende falsear la época republicana, al revés, tan solo reconocer sus aportaciones y decepciones.

La Historia nunca alcanzará a penetrar de una forma tan incisiva (salvo que se diese un currículum educativo adecuado, menos enciclopédico y sí más reflexivo) como la memoria social. A pesar de todo, es un recuerdo necesario y válido.

Algunos creen que el pasado es como un manojo de hojas secas que se recoge del suelo y que luego se clasifican. Eso es historia, afirman. Pero no es lo que, realmente, aporta el árbol. Hay más. Un contexto, un marco, una realidad que evoluciona e, incluso, un millón de diminutos

seres que han poblado las ramas de ese árbol y que cuentan pequeñas historias muy significativas. Sin embargo, en la tribuna pública descalificar es muy sencillo. No hace falta que sea verdad, solo que lo parezca. Y, ahí, debemos estar atentos a que los hechos no se acomoden a falacias ideológicas.

Las políticas de la memoria no son la Historia, desde luego, son el modo en el que las instituciones públicas garantizan que el pasado sea comprendido de una forma democrática. Y, sin duda, estas políticas han sido bastante pobres o muy escasas. La desconexión entre la historiografía y la clase política ha sido manifiesta y, en estas décadas, al no haberse dado un progresivo acercamiento entre memoria y política, la brecha ha sido aprovechada por los extremistas y sus publicistas. Sería sensato reconducir esta suerte de actitudes. Porque no parecen haber cambiado, porque los mismos y cansinos mitos son sacados de la chistera por otros actores (Ortega Smith, Abascal o Díaz Ayuso, etc.), como si fuese una especie de “bucle melancólico” (parafraseando a Jon Juaristi). Es hora de que la clase política dé un paso al frente y deje de hablar de oídas y se preocupe de acercarse al pasado sin prejuicios y sesgos ideológicos.

El acercamiento a la historia no tiene que ver con las simpatías que ostentemos, sino con el rigor. El uso y abuso del ayer que se sigue dando cíclicamente, y tan torticeramente, teniendo tan buenos y reputados profesionales (a nivel internacional) del saber histórico en el solar patrio, resulta increíble. Tanto referirse a la grandeza de España por aquí y por allá, para luego caer en ese vulgar principio de que la única verdad válida es la que uno escucha en el café de la esquina, minusvalorando a los sabios y expertos, como si el erudito fuese un ser fuera de tiempo.

La verdad puede presentar muchas caras, pero no ser irracional ni estar al servicio de una causa, porque entonces pierde su cristalina sustancia. La verdad no tiene nada que ver con referirse a buenos ni malos, sino con aclarar hechos, en el caso de la historia, utilizando la metodología y las fuentes pertinentes. Y, desde luego, lo que sí es evidente es que los mitos franquistas todavía siguen siendo muy operativos, un modo de desacreditar a los otros (aunque no dejan de ser españoles) y de estigmatizar capítulos del devenir que han logrado

traernos aquí y ahora. No pudiendo aceptar no solo que la guerra fue un error, sino que el franquismo fue otro gran periodo equívoco, dejando a España en el vagón de cola, junto a otros muchos países, del desarrollo europeo.

Para cerrar, me gustaría destacar las certeras palabras de Martínez Rodríguez, harto significativas: “Se trata, en suma, de asumir que en torno al pasado también hay una exigencia de reconocimiento y alteridad. La empatía surge, así como una condición necesaria para una comprensión compartida del pasado”<sup>109</sup>. Y a la vista está que eso no ocurrirá mientras no se respete el valor de la Historia. O lo que es lo mismo, hasta que se asuma y se coloque en su justo lugar a la Segunda República en nuestra memoria nacional. No como un ideal perdido, pero tampoco como un pozo de los infiernos. Al revés, como el momento exacto en el que los españoles tomaron conciencia de que podían cambiar el signo de su tiempo y acercar la arcaica y tradicional España a Europa.

---

109 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 2011, p. 115.